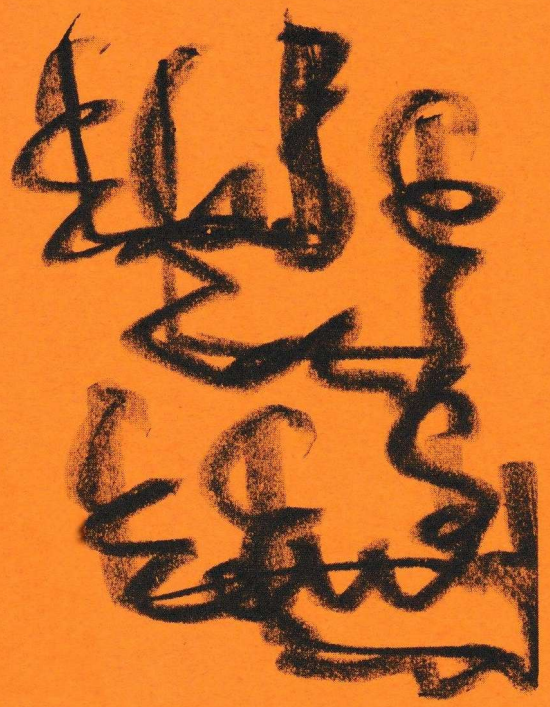
ENDYMION

J. A. LABORDETA

«EL COMITE»



Editorial Ayuso

J. A. LABORDETA

«EL COMITE»

ENDYMION
Editorial Ayuso

Endymion
Diseño gráfico: L. Romeo
Dibujo de la portada: Mateo Viñas

© J. A. Labordeta
© De esta edición: Editorial Ayuso
C/ San Bernardo, 34
28015 MADRID
Depósito Legal: M- 12697-1986
I.S.B.N.: 84-336-0258-6
Impreso en Gráficas García Rico
C/ María del Carmen, 30
28011 MADRID

Allí quedan tu cielo doloroso,
tu paz de piedra, tu estelar corriente
y los eternos ojos de tu pueblo
vigilan tus orillas.

Pablo Neruda

(Son las viejas estelas familiares que a diario te acosan, te persiguen. Las has mamado desde la misma entraña de la madre, desde el mismo instante en que el parto se estaba cumpliendo y papá escuchaba, en la calle, los camiones trepitando por encima de los viejos adoquines de las viejas calles en las que ibas a vivir. Son historias repetidas hasta la saciedad en los días de verano, de otoño, cuando el sol se perdía ya por entre las torres mudéjares encaradas hacia el oeste. Oídas en los largos inviernos salpicados por el regreso de los parientes que aún tuvieron tiempo para partir antes de que sobre ellos cayesen las cenizas de la guerra, la sangre de la guerra. Se repetían una y otra vez, monótonamente, con los nombres de todos los muertos, de todos los vivos, como si estuviese sucediendo en ese mismo instante al borde de la calle donde tú, un niño como los demás, intentabas abrirte paso sin graves complicaciones, hacia los cotidianos menesteres. Pero la señal te había marcado para ya muchos días venideros y sobre la almohada de tu cama, o cuando en el pequeño orinalito de loza iniciabas los menesteres ciudadanos, los parientes, que venían de lugares insólitos, con caras tristes, gestos demacrados y voz de espanto aún en las palabras, comentaban de nuevo los sucesos, los nombres, las idas y venidas. Y tú, pegado al pequeño orinalito de loza, apretabas los dientes por el estreñimiento que te hacían la soja y el pan negro, y las baratas comidas que, en aquellos

instantes, cubrían la faz entristecida de tu madre, y el gesto obsesionado de tu padre. Tú te esforzabas en cumplir tus deberes de pequeño aplicado surgido en un círculo de gentes que tenían una moral estricta y que un viento voraz había destruido y había dejado, en cambio, una amarga sensación de espanto. Corrías en la plaza de la hermosa fachada barroca, entrabas en la enorme iglesia a la que mamá te llevaba en los días domingo para cumplir con todos los deberes religiosos, esperando que el milagro se hiciese. Tú corrías delante de la puerta, alrededor de los pequeños bancos y oías, asombrado, alguna historia que cualquier vecino comentaba, en silencio, a una vecina de ropas ridículas. Tú estabas inconsciente, soportando la sangre de los otros sobre tus propios hombros. El fondo, el fondo ingenuo y limpio, se te iba llenando con miradas, voces, suspiros detenidos, lutos que no entendías, muertos desconocidos que caían sobre la mesa cotidiana como un tajo de asco cortando las rebanadas de pan viejo. Y tú ibas creciendo, arrimándote al hombre que te iba curtiendo y empezabas entonces a preguntarte el origen de tus miedos nocturnos, de tus gritos en medio de las noches más dulces, sobre las que nadie habría sido capaz de sentir terror. Te ibas adentrando en la vida y empezabas a apretarte las sienes en busca del origen, de los vagos recuerdos que aún te estremecían. Volvías a la plaza, a la enorme y barroca iglesia, entrabas de incógnito los días de Semana Santa, mientras unos centuriones de barba y gafillas de concha muy barata, te miraban de reojo reconociéndote porque eran vecinos disfrazados de feroces romanos.. Ibas por los rincones por los que mamá te llevaba y te traía en los días de infancia y nada de aquello te abría el recuerdo. Soportabas tranquilamente las penumbras, los altares barrocos, las santas lucías con ojos en bandeja y las águedas de las tetas cortadas. No estaban por allí tus fantasmas. Había que salir a la luz y buscarlos en casa, entre los gestos de mamá que aún seguía suspirando y tú no entendías muy bien por qué te repetía consejos moderados. Repasabas los textos, ingenuos pobres textos, del bachillerato buscando algún origen, alguna posible causa del agobio que tú sentías dentro;

pero nada encontrabas. Los textos eran malos, rancios, con pajas mal molidas entre las hojas tristes, pero nada quedaba capaz de estremecerte. Repasabas, hoja a hoja, el viejo texto incio que te aprendiste de memoria donde Jesúa andaba sobre el agua y los siete pecados capitales se te confundían con los pasajes ásperos de Moisés cayéndose del monte; pero nada te hacía suponer el fondo de la historia. Atravesabas gestos, dulces gestos de domingos sentado en el cinema Iris con olor a criadas y soldados retacos que lanzaban piropos y eruptos anónimos desde las filas altas. Lo recordabas siempre en los días de lluvia y te dabas cuenta que aquella sensación de malestar, de angustia, de hueso entreclavado entre la sien y el vientre, tenía su origen en estancias ocultas que habías olvidado. Asediabas con preguntas a una madre huidiza que rehusaba siempre encontrarse contigo y encontrarte de pronto sobre el orinalito de loza blanca con los ojos abiertos escuchando los sucesos habidos detrás de las ventanas, los sucesos narrados por los parientes rotos que traían consigo un amargor profundo y lo iban dejando caer sobre tus rizos –dijeron cabecita con rizos igual que la abuelita– como si no fuesen a hacerte nada. Ibas de un lado a otro de la casa en busca del secreto, de la historia escondida, esperando encontrártela de pronto, sin sospechar que la llevabas dentro. Ibas por toda la casa y descubrías ruina, viejas fotografías de parientes nunca conocidos, sayas de abuelas muertas, refajos inútiles, zafras oxidadas del tiempo de escaseces en donde, a hurtadillas, se guardaba el aceite adquirido en el mercado negro, o en extrañas relaciones familiares de un pueblo que siempre estaba presente en los recuerdos. Hallabas periódicos, periódicos hundidos en el desván más hondo de la casa, con notas a los márgenes, señalando fechas, acontecimientos que nada te decían. Regresabas a la casa, junto a mamá ya vieja, e ibas con ella al cementerio a visitar ese enorme número de difuntos que todos vamos amontonando sobre nichos a perpetuidad. En los paseos largos, cuando el otoño asediaba la ciudad, y tú salías con la madre a recorrer los altos lugares ciudadanos y visitabas algún pariente lejano, intuías de pronto que entre ellos andaban los secretos y que te los escondían por miedo a refrescar de nuevo la memoria.

Eran palabras sueltas, cuchicheos, nombres irrepetibles, tristes nombres que sobre ti caían estremeciéndote la piel, pero sin ahondar más allá de las primeras capas de tu rostro. Luego, de vuelta a casa, comprendías que era violento asediar con preguntas y romper la pequeña paz de la tarde reflejada en los ojos con lágrimas de la madre que iba terminándose ya para ti y para siempre. Hasta que una tarde hosca, dura, negra, mientras el viento y la lluvia azotaban la fachada vecina y tú y ella os cobijábais entre una mesa camilla de faldones antiguos, con telas de estameña –tejidos en el desván de aquel abuelo pueblerino que se negó a volver a su casa después de lo ocurrido– una larga figura, larga y lenta, con ojos acabados, ralas barbas, y mirada honda, llegó para haceros compañía. Durante un rato, durante una buena parte de la tarde, se preguntó por todos: por los vivos y muertos, por los que habían ido a tierras tan lejanas como México o la Argentina, o por los que, más próximos, recordaban el rincón nativo entre las brumas del norte de Europa. Fuimos tomando pastas, café, coñac, manzanilla de monte –agria y fuerte– y fueron a la casa, ante la noticia de un regreso insólito, parientes ciudadanos que conocías, a unos, de verlos muchos días, y a otros, de verlos en bautizos, o bodas, o largos velatorios. Al empezar la noche, en las primeras horas de la noche, el pariente recién llegado, comenzó a narrar la historia que me hizo regresar de golpe a tantas cosas olvidadas –orinales de loza, noches de bombardeo, días de Rosario continuo en el sótano bodegón de casa, baberos infantiles–, sabores olvidados de la soja, el pan negro, la angustia que me encontré de pronto ante mí mismo, ante la historia olvidada, y que de tiempos siempre me había rondado por las noches el terror de las horas oscuras. De golpe allí, entre los supervivientes, entre los náufragos salvados, las palabras habían comenzado a crecer, a tomar su presencia, a ser lo que en unos tiempos habían sido. La historia fue creciendo en mi frente y cuando el definitivo silencio de las tumbas cubiertas me dejó abandonado y solo, con tiempo para ir en busca de la real historia allí donde pasaron los sucesos, tomé un autobús, el verano había reventado por entre las lomas blancas y las huertas feraces– y con las palabras de

la madre en la memoria –«Pablo, olvídalos»– descendí sobre la enorme plaza agostada por el calor y la sequía, y en la fonda –el televisor zumbaba en el café situado en la planta baja– tendido en la cama fui repasando las palabras con que se habían ido produciendo los sucesos.)

El autobús de línea se detuvo un instante antes de iniciar el desvío de la carretera general. El chófer hizo rascar las velocidades al poner la primera y, por unos instantes, los viajeros se sintieron turbados en medio del sofocante calor que apretaba los cuerpos en el interior del vehículo. Poco a poco fue volviendo a la normalidad y la monotonía del motor fue recuperando el espacio total en las mentes semidormidas de los viajeros.

Pablo miraba, a través de la ventanilla, el paisaje. No había hecho otra cosa desde que habían abandonado la ciudad. Quería recuperar el ambiente de las viejas historias; quería encontrarse de frente con la palpitante realidad tantas veces narrada en las tertulias familiares; quería no dejarse asombrar por los mínimos detalles y recuperar la realidad tal y como era. Miró hacia atrás y vio la huerta –feráz, casi totalmente cubierta de maíz– y sintió como una pequeña nostalgia al sentirse apresado por unas sinuosas calizas que reflectaban el sol de un modo brusco. El cambio entre la verdura del valle y la sequedad áspera y brutal de los montículos por los que ahora serpeaba la carretera empinándose y abandonando la llanada, le produjo una sensación de malestar. Pero siguió con los ojos fijos en el paisaje. Las piedras cali-

zas que surgían del interior de la tierra encegaban la vista del viajero. Los bancales famélicos y recién segados y la rala vegetación que cubría los montículos, ponían al paisaje una nota dramática. De vez en vez, y de la orilla mismo de la carretera, surgía un pequeño conejo, una bandada de pájaros reñidores o algún zorrillo alocado que, entre los gritos asustados o jubilosos de los viajeros, huían despavoridos del lugar en donde se hallaban. Luego, cuando los viajeros, tras los comentarios jocosos, regresaban al sopor de la tarde y el run run del motor cubría de nuevo el aire cargado del interior del vehículo, Pablo se sentía turbado por las violencias de aquellas escenas que le hacían sobresaltarse, cada vez que habían sucedido, de una manera agitada. Respiraba hondo, quería tranquilizarse pero se sentía turbado y cerrando los ojos volvía a encontrarse con el viejo personaje que fue dejando caer la historia, la antigua historia casi olvidada, una tarde de hacía pocos tiempos, mientras la lluvia azotaba fuera la fachada de la casa vecina.

Abrió los ojos y al fondo, colgando de un enorme paredón enfrentado a la carretera, una construcción de cemento –semejante a un bunker– fue adquiriendo cada vez mayor dimensión y agresividad.

–Fue un nido de ametralladoras– comentó una voz a su lado.

Pablo giró hacia su interlocutora –en ningún momento se había dado cuenta que viajaba a su lado una muchacha– y preguntó:

–¿Seguro?

–Sí, muy seguro. Cada vez que hace años realizaba este mismo viaje, alguien, me lo recordaba con voz tímida. Ahora hace ya años que nadie lo dice. Soy yo la que lo recuerda a quien va a mi lado: Fue un nido de ametralladoras.

Pablo se quedó mirando fijamente la construcción al pasar junto a ella. Efectivamente. Todavía se veían con claridad los orificios por donde las armas habían salido hacia el exterior.

–Ahora –prosiguió la muchacha– lo utilizan los cazadores como refugio. Es divertido.

Pablo no quiso preguntar el significado de la diversión.

Esperaba que la conversación concluyese y poder seguir asimilando el paisaje con la objetividad que se había propuesto desde el principio. Se dio cuenta de que algo se había truncado con la intervención de la pasajera sentada en el asiento contiguo. Sacó tabaco y le ofreció.

–No, gracias, no fumo. Bueno, fumo apenas un cigarrillo después de las comidas. Gracias.

Sobre los pantalones vaqueros de la muchacha reposaba un libro. Era un libro de poemas de César Vallejo. Un libro que significaba viejos mitos, recuerdos lejanos, días de intemperie y de soledad. Pablo, tomándolo en las manos dijo:

–Este peruano es tan emocionante que a veces he sentido unas enormes ganas de llorar leyéndolo.

La muchacha tomó el libro de sus manos y abriéndolo por una página que tenía doblada le hizo leer:

Completamente. Además ¡vida!
Completamente. Además, ¡muerte!

y lo cerró de golpe. Ambos se quedaron un buen rato sin saber qué decir, qué hablar.

Pablo se volvió hacia la ventanilla y se puso a contemplar la cuesta por donde iniciaba un brusco descenso el autobús hacia una gran planicie verde y húmeda, en cuyo centro se aupaba un caserío de ladrillos y adobes apretujados contra el campanario encorvado de una iglesia mudéjar.

–¿Esto es Bernice?

–No –respondió la muchacha– es Medial. ¿Usted va a Bernice? Yo vivo allí. Nací allí. Mi madre está allí, siempre allí. Quiero que venga conmigo a la ciudad, a vivir a la ciudad. Pero ella quiere seguir allí. La tumba de mi padre está allí. Y ella quiere estar al lado de la tumba de mi padre.

Cuando el autobús se detuvo en una de las esquinas de la placita porticada, algunos viajeros descendieron y se dirigieron hacia una puerta cubierta con un toldo de lona sobre cuyo dintel había un enorme anuncio de la Coca-Cola. Unos mocosos comenzaron a corretear alrededor del autobús entre un enorme griterío de chillidos.

–¿Va usted a Bernice?

–Sí, hace tiempo que quería conocer el pueblo de mis padres y he aprovechado estas vacaciones para hacerlo. Mis padres también eran de allí. El se llamaba Borau. Aurelio Borau, y ella, murió apenas unos meses, Elisa Tena. Eran de aquí. Los dos.

–Mi nombre es Laura Alcázar.

Pablo no supo qué responder. Titubeó unos instantes. Toda una vorágine de nombres, palabras, imágenes, recuerdos, días y noches, le envolvieron el cerebro. Se abrió paso hacia la realidad. Quiso salir hacia la realidad, y murmuró, apenas murmuró: «El mío es Pablo», y se vio envuelto por la larga figura, la larga y lenta figura, con ojos acabados y ralas barbas y mirada honda que, tomándolo de la mano, de la mano en la que como un niño llevaba el orinalito de loza blanca, le hacía sentarse en la mesa camilla, en la vetusta y adorable mesa camilla del destartalado cuarto de estar de la casa materna para iniciarle el relato de «Julián Alcázar dijo para que todos lo oyesen, para que el pueblo entero lo oyese... Julián Alcázar era un tipo entero y lo dijo a grito limpio para que todos lo oyesen, para que las gentes del pueblo lo oyesen...» Pablo quería salir de allí, de aquel pozo en donde la voz de su madre le gritaba aquello de «Pablo olvídalos» mientras la tía Dorotea, la sobrina del cura de las Pueblas, repetía: («La mujer de Julián Alcázar esperaba una hija, estaba encinta de su hija cuando le dieron la noticia y se echó mano al vientre y empezó a dar gritos, gritos que hicieron huir a las palomas de la torre mocha y que nunca más regresaron porque los gritos de la mujer de Julián Alcázar, que estaba encinta, y que se echó mano al vientre, dejaron aterrorizados a todos para años, para muchos años».)

Cuando el autobús reinició la marcha por entre las tortuosas y empolvadas callejas del pueblo en dirección de nuevo hacia la carretera general, Pablo regresó a la realidad y consiguió ahuyentar de su cerebro los fantasmas familiares que, por unos instantes, la habían atenazado. Laura había

vuelto a la lectura de los poemas de César Vallejo. Su rostro suave, enmarcando unos ojos atenazados por una huella de dolor y agresividad, aparecía ahora a contra luz del sol que iba hundiéndose por entre las nuevas lomas que volvían a enmarcar la carretera entre sus tierras duras. Por encima del hombro de la muchacha se puso a recordar los largos y amargos versos del poeta peruano.

–¿Te gustan?

–Mucho –respondió la muchacha– es un poeta que me ata a casa, días y horas que nunca he podido olvidar. Hay una vieja historia familiar que repaso en los versos de Vallejo. Me gusta sobre todo leer estos versos cuando arrecia el verano. La historia familiar sucedió también en verano. Ahora hace muchos años. Más años que los que yo tengo.

Un ganado se puso a cruzar la carretera de regreso al pueblo recién abandonado y el autobús se detuvo secamente. El chófer se metió en cháchara jovial con el pastor y las chirigotas de ambos eran reídas por los viajeros situados en la parte delantera del vehículo. Cuando los corderos hubieron pasado por completo y un olor agrio había inundado el autobús, éste arrancó de nuevo. Ascendió por unas suaves lomas arcillosas –las calizas se quedaban al fondo reverberando aún contra las primeras horas de la noche– y al llegar a lo alto, una enorme llanada apareció de golpe. Al fondo, lejos, arrimadas a unas montañas grises, brillaron unas luces escasas. Los perfiles de casas, torres, chimeneas, se desdibujaban en las primeras horas de la noche.

–Allí está el pueblo. Mi pueblo. El pueblo de tus padres. ¿Para qué regresas?

Pablo miró hacia donde le señalaba Laura. Cuando ella le hizo la pregunta tan directamente, dudó en responder la verdad, o inventar una historia. Al fin se decidió por lo primero.

–Hay una vieja historia, una sangrante y vieja historia que me ha sacudido los oídos desde mi infancia. Una historia que he perseguido, que al fin he vuelto a descubrir y que ahora, a tantos años de los sucesos, vengo a buscar sus huellas, sus supervivientes, sus testigos.

–Esa historia la tengo yo guardada en mi casa. Guardada

en las propias actas que aquellos hombres levantaron. Nunca hemos sabido cómo, pero aparecieron años más tarde en el desván de la casa de mi madre. Puedes leer hoja por hoja, minuto por minuto, día por día.

–¿Y los testigos, los familiares, los amigos?

–Unos quedan. Otros ya no. Unos murieron. Otros apenas han podido hablar nunca. Unos abandonaron estas tierras y jamás pensaron en regresar. Otros vuelven durante el verano a poner flores sobre las tumbas familiares y luego parten otra vez, olvidándose de nuevo de la historia, de las gentes, de los sucesos. Puedo acompañarte si no te importa.

–Gracias –respondió Pablo.

El autobús se detuvo en la enorme plaza que servía de unión y de separación a los dos caseríos del desparramado pueblo. A su derecha, como sombras caídas, se percibía el viejo pueblo de adobas arrumbadas. Un poco más lejos, hacia su izquierda, un caserío impersonal surgía iluminado por unas luces toscas y pobres. El calor del día surgía desde las casas próximas. Laura le señaló el camino de la fonda y en la puerta se despidieron.

–Procura no comentarlo. No olvides que estás en un pueblo.

–No lo olvidaré. Gracias por todo. Hasta mañana.

En el bar de la fonda unos muchachos jugaban una partida de futbolín. La dueña, gorda y pulida, les daba gritos desde el otro lado del mostrador. Pablo pidió una habitación y, a través de una escalera estrecha, y un largo y oscuro pasillo, la mujer le condujo hasta su aposento. Cuando la dueña se hubo marchado, cerró la puerta con llave, apagó la luz y abriendo la ventana –unas gallinas remoloneaban bajo su ventana– miró hacia el exterior. El aire sofocaba todavía y en el fondo el reloj de la torre de la iglesia señalaba próximo a las diez de la noche. Pablo se tendió sobre la cama y cerrando los ojos fue repasando los últimos sucesos acaecidos durante el viaje de la tarde.

Una vieja adusta criada le abrió a Pablo la puerta en casa de Laura. Silenciosamente fue conducido hasta una habitación estar-comedor. La mujer cerró la puerta y desapareció. Se escuchó su voz llamando a Laura y, poco después, el silencio volvió a hacerse completo en la casa. Desde la calle tampoco llegaba ningún ruido al interior de la habitación mantenida en penumbra por una persiana totalmente echada. Era la hora de la siesta y escasamente algún perro se había cruzado en el camino de Pablo desde la fonda hasta la casa. En la terraza del café situado en la esquina de la calle mayor, y frente a la puerta principal de la iglesia, ningún parroquiano a esa hora agobiante en que el sol atenaza la tierra y la convierte en un paisaje extrañamente dolorido.

Pablo se acomodó en un pequeño sillón de mimbre, y poco a poco, fue descubriendo los contornos de la habitación en tanto que sus ojos, agobiados por la luz cegadora de la calle, se iban habituando a la penumbra interior. La decoración, los recuerdos, los objetos y el mobiliario, no correspondían al carácter de Laura. Por el contrario todo aquel espacio era perfectamente demostrativo de la existencia de una mujer de edad madura, llena de recuerdos y atosigada por objetos totalmente inútiles y baldíos. Junto al sillón de mimbre una mesita, cubierta con un mantel bordado, tenía sobre ella una fotografía de novios. La mirada de ambos tenía algo de nostálgico y de angustioso. El tiempo había ido rompiendo la posible elegancia de la pareja y los había hecho entrar en el campo vetusto de los gestos olvidados y perdidos. En la pared situada frente a la ventana, un trinchante de caoba cubría casi por completo todo el espacio. A ambos lados del trinchante dos cuadritos recordaban paisajes helvéticos, tan lejanos a las bestiales tierras sobre las que se alzaba el pueblo. Junto a la puerta, una larga colección de fotografías, enmarcadas en cuadritos de distintas categorías económicas, aproximaban el recuerdo de los padres, los suegros, parientes más o menos lejanos. En el centro de la misma pared un gran retrato representaba a un per-

sonaje con igual mirada que Laura. La pared contraria aparecía casi desnuda excepto en el centro, en el que dos grandes bandejas de plata representaban la Ultima Cena y el Milagro de los Panes y de los Peces. El resto de los muebles –una enorme mesa de comedor rodeada de sillas con alto respaldo– semejaban haberse detenido hacía muchos años en su uso y permanecían allí tan sólo por la necesidad de cubrir un espacio.

(«Son los mismos ritos, mitos, objetos de una casa a la otra. Eran gentes perfectamente convencidas de la inmovilidad del mundo. Mamá, con su netol, sacaba también brillo los domingos por la mañana, a las bandejas de plata, copas de alpaca y cubiertos que, en tiempos, tuvieron un enorme significado para ellas. Luego siempre siguieron igual, del mismo modo, detenidas allí donde dejaron de moverse, asombradas por todos los sucesos que jamás sospecharon que iban a girar sobre la tierra. Y siguieron recopilando antiguos familiares por todas las paredes de la casa como si un gran temor hacia los males les hubiese surgido desde su misma infancia. Objetos inútiles, vestidos empolvados, humildes joyas que no sirvieron nunca para nada se fueron amontonando en las paredes, en los baúles, en los joyeros. Todo se había quedado detenido para ellas en una fecha precisa, en un instante justo.»)

–Perdona –le saludó Laura desde la puerta– que te haya hecho esperar; he tenido que acompañar a mamá a casa de unos parientes.

Luego le invitó a seguirla. Atravesaron un estrecho recibidor y por una escalera de ladrillo y yeso fueron ascendiendo hasta llegar a la parte más alta de la casa. Laura, sacando una llave de su bolsillo, abrió la puerta de una habitación cubierta con una penumbra tan densa que casi parecía estar a oscuras. Un olor a cera y limpieza surgía de su interior. Laura fue hasta la ventana y aupó un poco la persiana. Luego le pidió a Pablo que se sentase en una de las sillas situadas junto a una mesa camilla desnuda de faldones.

Las paredes aparecían completamente limpias y tan sólo en una de ellas se volvía a repetir el mismo personaje del gran retrato existente en el cuarto de estar. «Era mi padre», explicó Laura mientras se aproximaba a un enorme baúl situado en uno de los rincones de la habitación. «Se parecía a ti», respondió Pablo al tiempo que intentaba descubrir algunos de los títulos de los libros amontonados desordenadamente en una pequeña biblioteca situada justo tras la silla en la que él se había sentado. Barojas, valleinclanes, unamunos, machados, y otros autores totalmente desconocidos para Pablo, componían la nómina. «Fue lo que pudimos recuperar de la biblioteca de mi padre», explicó Laura mientras tomaba asiento en la silla situada frente a Pablo y reposaba, con un cuidado extenso, varias enormes carpetas repletas de papeles, folios y dietarios de oficina.

«Son papeles, papeles de mi padre, papeles concernientes a muchas cosas, a muchos días, a muchas circunstancias». Y fue abriéndolas nerviosamente para mostrarle a Pablo hojas, recetarios, cartas, respuestas a cartas, cuentas, dibujos, borradores de discursos –«mi padre era el alcalde»– discursos impresos y diminutas hojas sobre las que escasamente había escritas dos o tres líneas con anotaciones o pensamientos. Apresuradamente fue recogiendo el contenido de las dos primeras carpetas y luego de dejarlas en el suelo, con un tono confidencial, temeroso y a la vez emocionado le explicó que allí estaban todos los datos referentes a los últimos días del Comité, a las actas de las reuniones, las notas de algunos de los concurrentes, los presupuestos de gastos por comidas, bebidas y tabaco realizados en aquellos días en que, precipitadamente, habían estado reunidos horas y horas. Todo aquello había llegado a aquella casa milagrosamente, todo había estado guardado en un desván que había sido registrado días y días en busca de todos aquellos papeles. Todo se había dado por perdido hasta el día en que tuvo que hacerse el traslado forzoso y definitivo a la nueva casa. En ese día todo fue apareciendo dentro de una pequeña caja de madera que, en tiempos, habría servido para guardar arenques salados. (Todo apareció la misma tarde en

que Laura, acompañada por la vieja sirvienta, iban repasando las habitaciones, vacías ya, con la intención de entregar las llaves a las autoridades para que se hiciesen cargo de la finca. Pocas horas después las luces de las calles ya no se volverían a encender nunca más. Pocas horas después lo que hasta entonces había sido habitado por hombres y mujeres, por viejos y por niños, pasaría a ser ocupado por animales nocturnos, por aves y por todos los fantasmas familiares que no querrían abandonar su antiguo solar.)

Pablo, cuidadosamente, fue desatando las cintas que cubrían la carpeta. Entre papeles, folios, recortes de periódicos y alocuciones impresas, había un enorme dietario. Sobre su portada, en una caligrafía perfecta, podía leerse: «ACTAS DEL COMITE DE BENICE REUNIDO ANTE LOS GRAVES SUCESOS DEL MOMENTO. HOJA PRIMERA. MIEMBROS QUE FORMAN EL COMITE: PRESIDENTE: Julián Alcázar, de cincuenta años, médico. SECRETARIO: Pedro Mir, cuarenta años, maestro nacional. VOCALES: Emilio Sanz, sesenta años, herrero. Julio Vega, veintiocho años, maestro nacional. Eliseo Paz, cuarenta años, peón agrícola. Félix Mur, treinta y tres años, zapatero. Manuel Roca, treinta años, albañil. Julián Ruiz, veinticinco años, estudiante.

»Se hace constar la ausencia de Arturo Bernués que por causas justificadas ha tenido que trasladarse a Barcelona. No se justifica, por el contrario, la de Luis Ochoa, de treinta y siete años, de profesión sin concretar.

»Leídos y enumerados los asistentes y ausentes, el Presidente da por iniciada la sesión rogando, a los no pertenecientes al Comité, abandonen la Sala de Juntas del Ayuntamiento. El ruego y el desalojo de la Sala tienen que llevarlo a cabo los mismos miembros del Comité ya que los dos Alguaciles de plantilla llevan varios días en que no se han presentado en sus puestos de trabajo. Realizada esta operación, toma la palabra el señor Presidente para explicar las causas de esta urgente reunión.»

(Te dicen esta tarde hace frío y piensas en febrero con su cierzo violento arremetiendo por entre las desoladas parameras. Imaginas los chopos desnudos cimbreándose contra la tierra en un angustioso vaivén continuo y ves, frente a tus ojos cómo el viento arrastra la lluvia golpeándola contra la pared vecina. Tu madre, al otro lado de la mesa camilla no sabes ya si mira o se halla ausente. Responde a tus palabras con monosílabos suaves, gestos entorpecidos de la boca o de los hombros y, de vez en vez, te das cuenta de que su ausencia es ya total y estás a punto de gritarle fuerte para que vuelva al lado de donde tú te hallas. Son tardes domingueras inútiles para ti y para ella. La edad ha ido sujetando el uno contra el otro y sabes de antemano que hasta que llegue la hora del Rosario en la emisora local, tú seguirás con ella, frente a ella, como si estuvieses con miedo de que se te marchase sin poder enterarte. Alguna vez –instantes brevísimos– rememora a tu padre en un día como hoy allá en los tiempos mozos. Y vuelves otra vez a encontrarte con un padre rígido, casi de cartón piedra que te has ido formando con viejas fotografías, retratos de soldado en la guerra de Africa y con largas visitas al Cementerio de la ciudad. Saltas sobre esa figura, la derrumbas haciendo que las palabras giren hacia acontecimientos más recientes. Pero sabes que ella, en su fuero interno, sigue por las paredes el recuerdo de objetos que fueron naturales cuando ambos seguían por la casa.)

Esa tarde cuando el timbre de la puerta resonó por la casa y tu madre, con su arrastrar de pies meticuloso fue a abrirla, tan sólo una palabra se le escapó de su boca: «¡Arturo!» Y cuando apareció acompañada por él, cogida cariñosamente del hombro por aquella larga figura –larga y lenta figura, con ojos acabados y rala barba y mirada honda–, te diste cuenta de que el aire sombrío de la tarde había dado paso a una esperanza opaca cubierta por el sabor amargo de recuerdos, relatos y nostalgias. Ella te dijo: «Este es Arturo Bernués» y lo sentó a su lado mientras, en un trajín insólito en la casa, fue trayendo café, una copa de dulce y pastas que alguien había regalado para el último San Blas. Con aire

acongojado me pide que vaya al café y llame por teléfono a parientes próximos y les diga tan sólo que Arturo ha regresado. El reniega un instante, pero ella obliga y tú la entiendes porque de pronto ves que en su mirada ha renacido el aire que la vida precisa. Y cuando vuelves, cuando calado hasta el último hueso por la lluvia y el frío, te amorras otra vez a la camilla, un ambiente denso recubre las paredes, los rostros, las maneras de ambos. Tú le pides entonces, le ruegas que te abra las historias, si es que las sabe, que sobre tu cabeza –ricitos rubios lo mismo que la abuela– fueron cayéndote mientras en el orinalito de loza contemplabas los rostros de todos los parientes que, huyendo de la guerra, acudían a casa, en busca de un amparo. Mamá dice que no, que se detenga; pero Arturo, tomándole las manos entre sus grandes manos, le repite que no, que hay que saber la historia, conocer los sucesos para saber cómo pasaron ciertas cosas, ciertos días atrás, cuando el muchacho, tú, eras una pequeña y diminuta figura recién incorporada a los acontecimientos. Y suavemente, sin querer asustar, como no participando en el relato, inicia los sucesos hablándote, de golpe, de que ya lo sabían. «Justo –te dice él– tuvimos la noticia el mismo día en que el suceso empezó a producirse.» Y Julián lo llamó a su casa para que entre ambos sacasen conclusiones, posturas a tomar. Alcázar era un tipo tranquilo y en ningún instante pudo perder la calma. Insistía, mientras por el viejo aparato de radio La Voz de su Amo se oían los partes de noticias, en que la legalidad seguían siendo ellos. Fue y me vino, te seguía contando Arturo, para rogarme que a la noche siguiente acudiese al Casino pues esperaban la llegada de Ruiz que hacía pocos días se había trasladado a la ciudad para un asunto relativo a sus estudios. Por la noche –él te mira fijo mientras saborea la copita de dulce– fuimos llegando todos los que nos sentíamos afectados por los graves sucesos. Cuando llegué al viejo Casino estaban ya Alcázar y Ruiz con aire preocupado. Alcázar me relató sucesos que Ruiz traía como una novedad y que en ninguna emisora de radio se anunciaban: (Muertes súbitas, violentos atentados, secuestros nocturnos en familias tranquilas.) Ruiz me miraba incierto esperando que yo entendiese todo, que lo diese

por bueno. Posiblemente él tampoco tenía unas fuentes seguras y se basaba en relatos oídos. El muchacho tenía un rostro tan veraz y tan sincero que resultaba inútil el dudar de su testimonio. Si en algún instante le miraba, él bajaba los ojos y moviendo la cabeza afirmaba con un temor enorme a producir efectos que se encontraban lejos de sus intenciones. Poco a poco –y ahora Arturo se dirigía totalmente hacia tu madre– fueron llegando el resto: Llegaron Pedro Mir y Sanz y Vega. Pedro traía el aire preocupado que siempre le acosaba. Su profesión del magisterio le había hecho dudar de casi todos los valores humanos después de tantos años de comprobar el fracaso a que se sentían sometidos sus alumnos cuando tenían que abandonar la escuela y regresar al campo o al oficio paterno. Sanz venía con su enorme corpachón entizonado por la fragua y con la idea fija de «no perdamos el tiempo en discusiones y pasemos directos a la acción». «Acción que, para Vega –apenas un par de años trabajando en la escuela local– podía conducir a la tan deseada revolución que acabaría, de una vez por todas, con tantas injusticias como las que sobre todos nosotros se había ido formando.» Ruiz nunca estuvo conforme con los términos de revolución y cada vez que Vega, ya en otras reuniones, había planteado este dilema, el muchacho –con el aire aterido que lo caracterizaba– dudaba de la posibilidad de llevarla hasta el fin. Poco después llegó Paz con su aire violento– posición que adoptaba para ahuyentar de él el trabajo diario de peón agrícola y el escaso jornal con que se malvivía. Hubo que apaciguarlo –traía escopeta ¿recuerdas su escopeta?– y convencerle a fondo en que ni por un instante deberían tomarse la justicia por su mano. Luego llegaron Mur y Roca. Mur no decía nada, nunca decía nada y menos desde hacía unos meses en que su mujer había muerto y sus cuatro pequeños andaban malcomidos y mal criados. Roca vio las cosas con una claridad alucinante. Desde el primer instante dijo lo que pasaba, lo que iba a pasar, lo que ya sucedía en algunos lugares. Y con la voz más queda que otras veces murmuró: «Sólo siento este drama por mi madre. La pobre nada entiende, me mira, le sonrío; pero sabe que algo

me atraganta la comida y a gruñidos desea que le explique. Sólo lo siento por ella. Me sé ya de memoria lo que va a suceder. Discutiremos, hablaremos y cuando hayamos decidido hacer lo que mejor creamos, habremos ya perdido la última oportunidad de seguir vivos.» Ahora Arturo te mira, mira luego a tu madre. Fija los ojos en las sombras que desde la calle van llegando y te concluye a ti: «Durante varias horas discutimos y al final decidieron enviarme para saber seguro lo que estaba pasando.» Por la mañana, cuando tomé el autobús de línea se me aproximó Ruiz y me explicó que don Florencio y Ochoa se habían marchado aquella noche mismo llevándose con ellos a los dos alguaciles. Cuando partía el autobús de línea lo seguí con la vista. El muchacho movía la mano despidiéndose. Quizás sabía que nunca más volveríamos a encontrarnos. Y fue, en ese instante cuando las palabras de Roca me fueron repitiendo en la mente sus augurios: «Luego él se queda quieto, reposa el aire como rogándote que le aceptes un poco de descanso. Ese instante –mientras mamá saca de su enorme bolsón las estampas de santos, de vírgenes, de monjas milagrosas y algún recordatorio de difuntos próximos, preparando el tinglado para rezar el Rosario que una voz melíflua transmitirá después–, tú te vas inventando los rostros y figuras de los que te han hablado. Inventas a Mir con sus gafillas de intelectual canijo. Recuperas a Alcázar, a Sanz –enorme y poderoso con aire sanguíneo y jovial– y te encuentras con Paz, con Mur, con Roca. Te resulta difícil enfrentarte con Ruiz, que una vez y otra vez, se te escapa de delante de los ojos como una sombra inútil. Das vueltas a los rostros hasta que desde la calle resuena el timbre de la puerta y, aupándote del sitio en que te hallas, te diriges a abrirla. Viejos parientes te saludan –lejanos primos de tu madre a los que ya conoces de la boda de una de sus hijas– y los haces pasar. Se abrazan con Arturo y las lágrimas saltan al rostro de la mujer que sin parar unos instantes comienza a preguntarle por toda la familia. Arturo habla de ellos: de su madre difunta, de su hermano en México, de su mujer en Francia y de sus hijos que andan locos ahora con los estudios y que hubiesen querido hacer el

viaje en su compañía. Todos bien, todos bien. Muy buenos de salud, que es lo que importa. Por un instante luego –respetamos los rezos de mamá– les invito a pasar a mi cuarto. En unas sillas viejas, o entre libros, o encima de la cama, tomamos aposento. Nos miramos de nuevo. Los primos de mamá miran a Arturo.

Durante una buena parte de la tarde, Laura y Pablo fueron ordenando los papeles que, amontonados, iban apareciendo por entre las carpetas. Fundamentalmente dedicaron su atención a la ordenación de la carpeta que guardaba todos los manuscritos concernientes a los días del Comité. Fueron descubriendo, poco a poco, que durante aquellas jornadas había habido cartas, misivas y notas que, por causas que todavía desconocían, no fueron anotadas en el Libro de Actas.

Cuando todo estaba ordenado, cuando Laura se acercó a la ventana para levantar del todo la persiana ya que el sol había caído y la penumbra había vuelto a ser total, la vieja criada apareció en la puerta para avisarles de que la madre de la señorita les esperaba en la cocina para merendar. Ambos, dejando las cosas tal y como estaban, fueron descendiendo de nuevo por la escalera.

Frente a la puerta de la calle les esperaba la madre. Laura presentó a Pablo y los tres se dirigieron a la cocina. «Quisimos conservar –explicó Laura señalando hacia el rincón donde se hallaba situado el hogar– el antiguo fuego bajo y las cadieras. Fue lo único que sacamos de la antigua casa.» Efectivamente aquel fogón desentonaba en medio de una aséptica cocina con modernos aparatos electrodomésticos. Resultaba un pastiche gracioso. «En invierno es útil –dijo la madre– ya que si estamos solas la muchacha y yo, hacemos la vida aquí.»

Mientras merendaban, Laura fue explicando a su madre los motivos del viaje de Pablo hasta el pueblo: «Había venido para estudiar todo lo que fuese capaz de aclarar los acontecimientos sucedidos durante las reuniones del Comité. Se habían encontrado en el autobús, como ya te he dicho esta mañana, y habían coincidido en la misma preocupación. Pablo –añadió– conoce parte de la historia porque Arturo Bernués –una expresión de asombro revivió los ojos aturdidos de la madre– se la contó. Pero él quería tener testimonios directos. Su asombro han sido los papeles que guardamos arriba, en el desván.» Pablo añadió todo lo que para él significaba aquella historia. Cómo desde niño la había escuchado y cómo, durante años, se le había ocultado para que no saliese a flote también la historia de su padre tan enraizada con la que sucedió en el pueblo natal de sus progenitores. Fue describiendo la obsesión que le había producido, los enfrentamientos con su madre, hasta que la aparición de Arturo los liberó, a él y a su madre, de aquel pozo que durante años los había tenido separados. La muerte de la madre le hizo volver con más fuerza a la búsqueda de aquella historia que, durante años, le había acompañado en las largas y solitarias veladas junto a la madre. Ahora quería tener los testimonios directos para poder olvidar, si era posible, de una vez para siempre, aquel suceso que, desde niño, lo había marcado. La madre dudó. Por unos instantes dudó. Pablo pensó que iba a ser inútil aquél conocimiento y que lo mejor sería abandonar los testimonios de personas, afectadas de cerca por los sucesos y calar hondo en los papeles. Conocer la historia con la frialdad de la letra escrita en unos libros de Actas y cotejarlas con los relatos de Arturo o de otras personas. La madre fue doblando minuciosamente la servilleta y cuando la dejó sobre la mesa comenzó diciendo: «No sabría muy bien deciros qué pasó. Nunca he llegado a creerme que todo aquello sucediese en realidad y, con el paso del tiempo, me he habituado a verlo como algo distante, lejano, confuso. Pienso a veces –sólo la existencia de Laura me confunde– si todo aquello no fue un sueño, un maldito sueño. Cuando ella regresa de la ciudad. Cuando oigo su voz por

primera vez después de muchos días sola y me encuentro frente a sus ojos, entonces me doy cuenta de que todo fue real. Andábamos comiendo –realmente no sé si andábamos comiendo o cenando– cuando Mur vino a hablar con mi marido. Este se excusó, se excusó cariñosamente de que tuviera que dejarme sola –mi embarazo de Laura andaba muy adelantado– y tomando una chaqueta –«Volveré tarde. Acuéstate»– salieron a la calle. A partir de ese día apenas si nos vimos. Durante horas lo esperaba despierta en la cama. En el día, varios emisarios me llegaban para anunciarme que no lo esperase a comer, a cenar, o que les entregase alguna carta, si había llegado. Llegaban sólo cartas de Arturo que hubiese deseado leer. Era un deseo enorme el que me arrastraba y hasta una vez negué la existencia de una de ellas. Luego salí corriendo a la calle y se la entregué al muchacho que había venido a buscarla. Durante horas los oía despedirse en la puerta de casa. Siempre eran las mismas cuatro voces las que se intuían en aquellas calurosas madrugadas. La voz de Mir salía como queriendo esconderse de las posibles escuchas y apenas si era perceptible alguna palabra. Sanz hablaba, por el contrario, en un tono elevado que los otros, siempre, le rogaban que bajase. Había otra voz, siempre supuse que era la de Julián Ruiz, que escasamente dejaba oír monosílabos. De este modo ellos permanecían en la puerta de casa con intención de retirarse. Lo hacían, cuando por la calle se escuchaba el primer carro que salía a la faena. Entonces el portón de casa retumbaba. La escalera, la vieja escalera de madera, crujía suavemente y él, sin encender la luz –ambos habíamos empezado a tener miedo de encontrarnos para no enfrentarnos con una realidad que no nos gustaba– se acostaba junto a mí. Yo había empezado a saber lo que pasaba. Rumores de vecinas, voces que se colaban por entre las grietas de las carcomidas maderas de las puertas traseras de las casas, me iban trayendo informes, rumores, historias que decían habían sucedido o estaban sucediendo en lugares próximos o remotos del país. Alguien aseguró que Florencio había huido, que Ochoa andaba ahora metido en tortuosos caminos que nadie quería comprender.

En el pueblo todos andaban prietos, como azorados. Y en las noches más infinitas de mi vida oía a los perros –aterrados quizás por lo que iba a suceder– aullar desesperadamente. Una tensión brutal iba cerrando pisos, ventanas, rostros, hasta que una madrugada la voz agrietada de la madre de Vega –el muchacho apenas llevaba dos cursos en el pueblo– vino a sacudirnos a todos cuando clamó la muerte de su hijo tirado en un ribazo. Por eso, cuando él encendió la luz aquella amanecida, y me miró con un cuidado excesivo, sentí también unas enormes ganas de empezar a gritar. Me contuve y escuché sus palabras con una terrible congoja. Me dijo que iban a ir a la ciudad. Que iban a ir todos menos Vega y menos Roca que había decidido no hacer caso de la decisión del Comité y adoptar una posición personal frente a los sucesos. Que iban a llevar con ellos a don Rogelio porque en varias ocasiones se había mostrado partidario de los sediciosos. Todo esto me lo iba diciendo mientras preparaba un pequeño maletín –que luego alguién me devolvió ensangrentado y que aún guardo escondido en un rincón oculto de mi armario ropero– en el que fue metiendo cuatro cosas para el viaje. No, me dijo, no te levantes. Tomaremos cualquier cosa en el camino. Pararemos un momento en la Venta de Lucas y almorzaremos. Lo habían decidido así para no andar perdiendo tiempo. Me levanté. Y me quedé abrazada a él, aún cuando ya hubiese salido a la calle. Me quedé abrazada a él, aún cuando lo oyese bajar las escaleras. Y todavía ahora, hoy, sigo abrazada a él. Pero yo; no vosotros. Vosotros no podéis saber la luz que fue entrando aquella madrugada por el pequeño balcón que daba sobre la torre alta de la vieja iglesia. Vosotros nada podéis saber de las horas, los días, horas amargas, días largos, larguísimos, en que se fue convirtiendo la espera. Nada sabréis nunca de la madrugada en que el carretón se detuvo delante de mi puerta. Nada sabréis de lo que significa quedarse sobre el polvo de la calle abrazada a un muerto, a un muerto que en nada se parecía a aquel hombre sereno, que, unos días antes, había abandonado tu cuarto con un aire total a la esperanza. Nunca sabréis de las enormes ganas de morir, no podréis nunca

llegar a entender el odio, las palabras de odio que me fueron creciendo dentro de mí, hasta pensar que serían capaces de matar al ser vivo que llevaba dentro. Nunca podréis entender la soledad de una mujer tendida en una cama acariciando las manos de un recién nacido, de un ser recién nacido que le traía al tacto las manos de un difunto. Nunca podréis saber, entender nada de lo que fue pasando.»

La mujer tenía los ojos arrasados de lágrimas y un hipo violento le había entrecortado las últimas frases. Laura besó a su madre suavemente y la acompaña hasta uno de los sillones de mimbre situados en uno de los muros de la cocina, justo al lado de la ventana abierta al corral de la casa. Pablo y Laura abandonaron la cocina.

–Preferiría salir a la calle –dijo Laura.

Fuera, una suave brisa refrescaba el ambiente y movía las sucias acacias que, como adorno, alineaban las aceras. Un tractor y algunos carros se cruzaron con ellos. En la terraza del café varias personas tomaban un refresco. Delante de la plaza del Ayuntamiento, los críos corrían alocados de un lugar a otro. Y el «lucero», parsimoniosamente, iba encendiendo las luces de las calles.

«El Presidente Julián Alcázar toma la palabra para explicar a los presentes, en su calidad de alcalde legítimo, cuáles son las circunstancias por las que, según informaciones no confirmadas, atraviesa el País. Da cuenta de los comunicados de las distintas emisoras de radio y lo contradictorio de sus partes. Sugiere, antes de dar la palabra a Mir, que la había solicitado, que cada uno permanezca en su casa tranquilo –en este instante interviene sin turno Roca para, irónicamente, preguntar por el tipo de tranquilidad a que se refiere Alcázar– pero atentos para en cualquier momento acudir a

reunirse aquí, y tomar las decisiones pertinentes. Antes de terminar quiere recordar a todos que ellos están representando a la legalidad y como tales deben actuar.

»Toma la palabra Mir y la solicitan Sanz y Ruiz.

»Mir expone sus graves preocupaciones ante las contradictorias noticias que se reciben. Creo, dice, que no debemos olvidar la historia y analizar que, en casos parecidos, las actuaciones de los facciosos, han sido expeditiva. Sabemos que Florencio y Ochoa se han evadido. Con ellos se han marchado los dos alguaciles y las fuerzas representativas del orden llevan ya desde hace una semana sin aparecer por estos contornos. Pasa luego a hacer una larga relación de acontecimientos sucedidos en la historia. Durante un buen rato se apasiona con el tema hasta que Sanz, con la ironía que lo caracteriza, recuerda que ha pedido la palabra para tratar del asunto de la reunión y no para explicar asuntos concernientes a la forja del hierro. Esta indirecta enfada a Mir que decide, a pesar de los consejos de Alcázar, dar por terminada su intervención.

»Sanz se refiere a las fuerzas populares que en cualquier momento estarían dispuestas a enfrentarse con aquellos que intentasen arrebatarles los logros obtenidos. Propone que ya que los alguaciles han abandonado, sin causa justificada, sus puestos, el Comité nombre a varios de los hombres adictos a éste, para ocupar dichos cargos y que, como además la situación es de cierta tensión nombre, en lugar de dos, a seis o siete alguaciles y que les sean abonados sus salarios con lo que se obtenga de la venta de la cosecha de Florencio. Pide también la municipalización total de los bienes de aquél y de Ochoa.

»Contra esta medida se alzan las voces de Alcázar y Mir, mientras el resto de miembros la aceptan afirmativamente. El presidente decide que sea votada la propuesta y es aceptada por cinco votos a favor, dos en contra y una abstención.

»Toma la palabra Ruiz para explicar, en primer lugar, el motivo por el que ha hecho uso de la abstención, pues cree, según su opinión, que esa municipalización no es válida

desde el momento en que no va a ser nunca reconocida por el gobierno. Paz le pregunta la razón de esta última afirmación y Ruiz recuerda que primero hay que ganar las batallas para luego repartirse el botín. Alcázar le pide que especifique de qué batalla se trata. Ruiz aclara que habla de la batalla iniciada hace escasamente unos meses con el triunfo electoral de las fuerzas representadas en el Comité. Aclara que la verdadera batalla se acaba de iniciar ahora. Que va a ser muy dura y que en lugar de estar municipalizando terrenos lo que hace falta es tomar medidas más radicales y si es preciso más violentas. Alcázar pide la palabra e indica la excesiva juventud de Ruiz y su fervor patriótico –Ruiz aclara que no es eso precisamente– y Alcázar continúa con la necesidad que las fuerzas facciosas tienen de colocarnos a todos al otro lado de la legalidad para encontrar una razón suficientemente poderosa.

»Ruiz vuelve a pedir la palabra para indicar que esas fuerzas no necesitan razones válidas de caracter moral y ético. Ellos tienen unos principios muy claros y los van a defender. El problema nuestro, concluye, es que somos excesivamente escrupulosos.

»Pide la palabra Roca. Vuelve a repetir lo que ha expresado antes de iniciarse la reunión. Insiste en que ni él, ni Mur, ni Paz tienen principios ético burgueses y que están totalmente de acuerdo con la postura de Ruiz. Creo que debemos pasar a la acción. Defender nuestros intereses por nosotros mismos. Si seguimos discutiendo nos pasará como a las liebres, los galgos y los podencos. Hay que destruir, concluye, el orden establecido. La democracia no nos va a llevar a ningún lado.

»En este instante solicita ser admitido en la reunión Arturo Bernués que, aunque vive fuera del pueblo, es natural del mismo y representante de una de las organizaciones del Comité en la Ciudad. Se admite que entre.

»Se le concede la palabra. Habla de que lo que está sucediendo se preveía hace tiempo y que en ningún momento debe cundir el pánico o el desánimo. Se debe actuar con serenidad. Comunica que él va a marcharse al día siguiente a

la ciudad y que los tendrá al corriente de todo.

»Sanz insiste en que dada la hora que se ha hecho podrían encargar algún aperitivo para seguir funcionando pues el estómago también debe funcionar para que el cerebro ande al ritmo que se le pide. Luego añade que, dejando bromas aparte, él cree que lo que hay que hacer es organizar una defensa con todas las fuerzas populares adictas del pueblo. Que es posible que todo esté tranquilo, pero que la partida de Florencio y de Ochoa son sospechosas. No está de acuerdo con la posición de Roca. Defiende, en largos parlamentos, el valor de la democracia y llega a señalar que en este momento la defensa debe correr a cargo de todos: comerciantes, labradores y empleados.

»Vega la indica que los empleados están de vacaciones y que él sigue en el pueblo por la enfermedad de su madre, pues de lo contrario se habría marchado hacía varios días a su pueblo natal. Vega insiste en que la situación es delicada; que en ningún momento debe tomarse con tranquilidad, sino con erizamiento. Hay que estar en perpetua tensión. Es posible que lo que está pasando, se supusiera que iba a suceder; pero nadie puede prever las consecuencias de una situación así y más en unas condiciones en las que enfrentamientos de este tipo ya se han producido en otros lugares. Yo pediría se concretasen algunas de las medidas presentadas aquí, como por ejemplo, el nombramiento de varios alguaciles armados. –Alcázar dice no estar de acuerdo con esta medida pues sería ponerse fuera de la Ley– Vega indica que es él el que tiene la palabra, y continúa con la necesidad de encontrar una fuente de información válida. Señala como excelente idea de Arturo quien podría enviarles una serie de informes válidos que hasta ahora han sido imposibles de obtener. Todo el mundo envía palabras amables y tranquilizadoras pero parece que esto no corresponde a la realidad de los acontecimientos. Alguna fuente de información ha indicado algunos bombardeos masivos y fusilamientos. Lo único que pido es que no nos vaya a pasar como muy bien ha dicho Roca, igual que a las liebres, los galgos y los podencos. Situación que, por otra parte, no sería la primera vez que se da en la historia.

»El camarero del casino entra con varias bandejas de alimentos y bebidas. Alcázar indica que si les parece a todos se levante media hora la sesión. Se acepta la propuesta.

»CARTA DE ARTURO BERNUES ADOSADA A ESTA PRIMERA PAGINA DEL DIARIO.

»Queridos Julián y compañía: Me encuentro en la ciudad desde hace unas horas y desde mi llegada he intentado, por todos los medios, asegurarme una información que sea válida para llegar a posiciones concretas.

»Las noticias son confusas. Parece ser que por una parte, la legalidad gobierna en la mayor parte del territorio. Por otra, algunas situaciones de violencia, efectuadas por los facciosos, hacen concebir esperanzas de que éstas se deben a su propia debilidad. Los representantes de la legitimidad están tranquilos y me ruegan que, por ninguna circunstancia, os dejéis llevar por arrebatos. Pensar las cosas detenidamente. Cualquier decisión equivocada os podría enturbiar.

»He preguntado también sobre la legalidad de la municipalización de ciertas propiedades de gentes que han abandonado nuestro pueblo, y me han afirmado, rotundamente, que eso no es ni válido ni legal. Que la cosecha de esas tierras no la recojáis, pues sigue siendo de la persona que la sembró.

»Os pido, por favor, que en ningún momento perdáis los estribos. Os tendré informados de todo lo que sepa. Un abrazo.

»A la lectura de la carta realizada por Alcázar, éste solicita sean tenidas en cuenta las palabras de Arturo de moderación y que por ninguna razón vuelva a suceder lo que se produjo en la anterior reunión, que estuvo a punto de finalizar con nuestra única fuerza: la unión entre todos. Sé, añade, que cada uno tiene un concepto distinto de su posición política, pero por encima de los partidos hay algo en este momento que nos afecta y que nos debe tener unidos.

»Tercera reunión del Comité. Lunes. Nueve de la mañana. Actúa de secretario en el día de hoy, Vega.

»De moderador es encargado Emilio Sanz.

»Este, antes de iniciarse la sesión, indica que en ningún momento dejará que las cosas discurran por cauces como los de la última reunión. Añade que si el deseo de todos es acostarse a altas horas de la madrugada, lo pueden hacer, pero sin excursarse de tener que discutir sobre asuntos concernientes a la defensa de la legalidad establecida. Que piensa imponerse como moderador. Bien por las buenas o por las malas. Ruega que esto se haga constar en acta.

»Pide la palabra, en primer lugar, Eliseo Paz que ha sido quien ha promovido esta nueva reunión del Comité...»

Laura descansa por unos instantes de la lectura del libro de Actas.

–¿Cómo no tenían –pregunta Pablo– una información más directa?

–Era difícil entonces para el pueblo. No había teléfono y el autobús de línea había que ir a esperarlo a cuatro kilómetros de las últimas casas. Por otra parte me da la sensación que los iban encerrando en una pequeña red sin que ellos lo supieran. Nadie esperaba, en el fondo, que las cosas sucediesen como iban a pasar.

Nuevamente ha caído la noche y hoy es Pablo quien pide a Laura salir a la calle. El calor y el humo de los cigarrillos han cargado el ambiente hasta hacerlo casi irrespirable.

–Me gustaría –pide Pablo– que me mostrases el pueblo abandonado.

–Resulta demasiado lúgubre por la noche.

Pausadamente se van acercando al portón que da entrada al viejo y abandonado pueblo. Unas luces inciertas señalan las esquinas. Ante un gran edificio, del que tan sólo queda la fachada principal, se detienen.

–Esto era el Casino. En ese gran balcón estaban reunidos. Cuenta la gente, la poca gente que se atreve a contarte cosas, que de madrugada, cuando salían a acarrear la mies, la luz encendida seguía y comentaban: Todavía siguen. Y por la noche, cuando regresaban, volvían a mirar para saber si podían dormir tranquilos o no. La mañana en que la luz no estuvo encendida, todos se sintieron intranquilos y muy

pocos fueron a cosechar aquel día. Posiblemente aquel año ya no volvieron a cosechar más.

Un perro ladra lejos, más allá de una cruz levantada en mitad de una plaza despavorida y triste. Ante los temores de Laura deciden regresar a su casa. Pablo, poco después, está terminando de cenar en la fonda. Y al poco, todavía se escucha en el bar la televisión, se encuentra ya en la cama. Dentro de la habitación hace calor y desde la cama ve el reloj de la torre de la iglesia.

(Luego son los parientes –primos lejanos de tu madre– los que abren las puertas del recuerdo. Es ella la que inicia el relato hablándote otra vez de la madre de Vega aquella amanecida, cuando los dos salían por la puerta camino del trabajo –«Hubo buena cosecha, te repite el marido»–. Fue un grito de animal que atenazó de pronto las gargantas y que nos tuvo a todos, unos instantes, detenidos. Luego corrimos, corrimos hacia el grito y la mujer estaba envuelta en polvo, en polvo y en cadáver del hijo que alguien, nunca supimos quién, había dejado abandonado enfrente de la puerta. Hubo que izarla a ella y al difunto y subimos despacio hasta la cama. Lo lavamos. Lavamos cuidadosamente la boca ensangrentada y la espalda repleta de agujeros. Ella seguía allí, viéndonos cómo hacíamos y sólo repetía «que ha salido a cazar y me lo han traído muerto». Cuando Bernardo «el ciego» vio las heridas, él era un cazador empedernido, dijo: «A este le han dado hoy con bala de fusil. Nada de cazadores.» Y la voz recorrió los corros, los corrillos y alguien dijo a don Rogelio que ya estará contento, que ahora los suyos matan y él ahora bendice y entierra. La madre qui-

so echarlo de casa, pero Alcázar la detuvo y aconsejó al cura que se marchase. Y nosotros nos fuimos al secano a seguir en lo nuestro. Había que coger la cosecha antes que las tormentas arrasasen la tierra. Estuvimos el día entero en el monte y al regreso, a éste lo llamaron. Y se te queda fija mirándote, como diciéndote que ella no sabe de más cosas que el velatorio triste que se montó a la noche. Te habla aún después de la compañía que hicieron a la madre de Vega hasta que otros hijos, días después, o meses, vinieron a buscarla. Cree, te dice, que la vieja murió, según que le contaron, unos meses después que la llevaran del pueblo. Y un instante se quedan detenidas las palabras y nadie continúa. Escuchas, como siempre, el soniquete lento del rosario que tu madre anda en rezos. Arturo gira un poco la cabeza entre los libros y te explica que él se enteró de lo de Vega, cuando ya los acontecimientos se habían definido y que quiso enviar una carta al Comité, pero aquella mañana el autobús de línea no se había atrevido a salir para el viaje. Te dice que él quiso de algún modo explicarles las cosas, notificarles los sucesos, advertibles de los acontecimientos y que durante varios días anduvo por la ciudad buscando la manera de poder dirigirse al Comité. Nadie sabía cómo. Vino a hablar con tu padre. Tú estabas aún recién nacido y él me dijo que la única manera era lanzarse al monte, atravesar la sierra y dirigirse al pueblo. Pregunté a mucha gente las posibilidades de esta maniobra y todos me dijeron que ya era imposible. El pueblo estaba aislado. Ellos no lo sabían, pero todas las carreteras estaban cortadas. Entonces, el primo –el pariente lejano de tu madre– te habla de cómo aquellos días, al salir hacia el monte se encontraban con fuegos apagados, con montones de basura, rinconeras con huellas de haber dormido alguien por aquellos lugares. Te repite, que en las noches de fresca, delante del portal o del casino, se comentaban suave esos pequeños datos que todos encontraban por algunos caminos. Habían visto liebres muertas, señales de conejos maltratados y zorros que, asombrados, aparecían rotos en mitad de los caminos. Te cuenta aquella madrugada en que él y su mujer, camino de la faena cotidiana, vieron ar-

der, al fondo, un pequeño montón de sabinas que se erizaban frías en mitad del calvero de todos los secanos. Fueron allá corriendo –al otro lado había una paridera de uno de los que hacía días que se habían largado– y encontraron que estaba vacía. Abiertas las puertas de par en par, sin nadie ni nada. Acudieron después a apagar lo del fuego y encontraron unos bidones de gasolina tirados por el suelo. Esta me preguntó, te dice mirando a la mujer apoyada en la cama, que quién habría sido. No le supe decir. Aquello me traía a la memoria horas que yo pasé cuando estuve en Africa. Y empecé a tener miedo. Miedo de que una mañana alguien saliese a nuestro encuentro y nos pidiese algo, o nos dijera cosas o, sin hablar de nada, nos metiese una bala igual que a los zorrillos que iban apareciendo por entre las vaguadas. Ella dijo que no. Seguimos yendo al campo, pero detrás, debajo de la manta, en un lugar oculto del carretón metí la escopeta. Ella lo mira y la gruñe que nunca le dijera nada. Nada pasó, responde él, y fue mejor así. Las mujeres, te habla, ya se sabe. Y te sigue contando cómo cuando la noche se iba haciendo mandaba recoger. Regresaban al pueblo pensando que llegaban antes que nadie, y al atravesar el portón se encontraban con que ya muchos carros andaban descargando. Otros hacía rato que ya lo habían hecho, y los hombres fumaban delante de la puerta haciéndote preguntas sobre lo que habías encontrado, o sobre lo que habías visto. Cuando pasabas debajo del Casino, te parabas un poco para oír lo que hablaban y cada tarde, conforme se avanzaba el verano, los gritos se apoderaban de las palabras llanas. Algo, pensabas tú, se está fraguando. Algo muy gordo. Nunca de todos modos llegamos a pensar que iba a suceder lo que pasó después. Y ahora vuelve la prima lejana de tu madre, a explicarte las horas de colada, allá en el lavadero, que había en el barrio alto, según que se salía hacia las tierras que eran de tu padre. Ibamos, como siempre, todas las que vivíamos por aquellos lugares. Acudíamos entonces aunque sólo fuera a lavar una prenda, porque allí comenzaba a hablarse de lo que se barruntaba. Una decía que eso eran excusas de los hombres para estarse de juerga. Que si en vez de

lavar las mujeres, obligásemos a hacerlo a los hombres, no andarían metidos en historias ajenas. Algunos días me iba a lavar la colada al lavadero grande situado en la parte contraria del barrio alto, porque allí acudían las mujeres de Sanz y de Eliseo que andaban siempre la una riñendo con la otra porque, según decían la culpa de las cosas que pasaban en el pueblo las tenían según una, el partido de la otra, y según la otra, lo contrario. Pero de todos modos tampoco ellas sabían mucho de lo que planeaban sus maridos. La mujer de Eliseo lo único que aclaraba era que si el marido no quería acostarse con ella, ella, que se pirriaba por los hombres, se acostaría con el primero que encontrase. Parece que aquello lo cumplió y que luego dijeron que se metió de puta en una casa, y después nadie sabe lo que pasó con ella. Algunos que vinieron desde Francia aseguran que estuvo con una hija pasándolas muy mal hasta que se murió, y que la hija sigue por allí, pero totalmente olvidada de lo que fue su padre. Nunca, que yo me sepa, ha venido otra vez hasta el pueblo. Total que tú te ibas, le dice su marido mirándote a la cara, de un lavadero al otro para ver qué pasaba. Igual que tu hacías llevando la escopeta, le responde greñuda la mujer que, molesta de estar donde se encuentra, se levanta, pasea y mirándote dice, preferible es que no lo pasaras. Olvídalo. Tú vas y te sonríes. Y no murmuras nada. Esperas que ellos sigan, continúen narrando las horas y las horas que pasaron cuando un cerco, que ellos no sabían, estaba ya acosándolos. Otra vez es Arturo quien regresa para seguir hablando de las cosas pasadas vistas desde afuera. Sabíamos tantas cosas que estaban sucediendo... Cosas que resultaban imposibles ya de decir en el pueblo, que muchas tardes, ahí en donde ahora tu madre está rezando, tu padre y yo rumiábamos impotentes sin saber qué decir o qué plan estudiar para hacerles llegar una nota. Tu padre me miraba –tenía unos ojos muy lejanos a ti– y me acosaba a dudas, a pequeñas palabras para que yo le diese una razón exacta de lo que sobre la piel iba creciendo. Yo no sabía decírselo. Yo no entendía nada. A veces, cuando el calor se hacía insoportable, y tu madre servía un poco de limón con agua, me pregunta-

ba para mí si no habría que haber adoptado las razones de Roca y veía a lo lejos la mirada de Ruiz que quedaba perdida y desacompasada. Me los veía a todos envueltos en la humarada de los farias y el picado, tomando posiciones, discutiendo a las claras, sin atreverse nunca a llegar a donde les señalaba Roca. Me imaginaba a Vega, con su seriedad cotidiana –nunca he podido imaginármelos muertos– intentando buscar una razón capaz de convencer a todos de que las cosas había que tomarlas en directo dejar de una vez las vagas dilaciones, los discursos pomposos y las legalidades. Pero Alcázar tenía sobre ellos una enorme importancia. El había sido capaz de unificar a todos y al fin, estaba convencido, las cosas se harían tal y como él quisiese. Y él, ante todo, tenía un enorme respeto por la legalidad. Nunca, supongo yo, llegó a saber que la legalidad había sido derribada con gestos bruscos, palabras violentas e himnos terribles. Otra vez te repiten el nombre de tu padre, las frases de tu padre. Bernués se siente unido a sus recuerdos y busca entre tus gestos hallar una palabra que se asemeje a él. Te das cuenta, desde el primer instante, que tu voz, tu mirada, tus gestos, lo han decepcionado. Pero, a pesar de todo, él siente una responsabilidad para contigo, para con la memoria de tu padre. Y te vuelve a insistir en que durante aquellos días, y aún después, él buscó en sus palabras un consuelo de haber sido culpable, hasta dónde había sido culpable, de que las cosas transcurriesen tal y como iban a pasar. Podía haberles dicho antes, te repite, abandonar e iros. Subir al monte, largaros al camino. Pero nunca pensé que aquellos sucediese. Nunca llegué a creer que las cosas llegasen hasta la dramática situación que llegaron. Tu padre mismo tampoco lo pensaba. Cuando alguien hablaba de correr por la calle la sangre de los muertos, miraba tristemente al que lo había dicho y pensaba que aquel hombre estaba reclamando una sangre que no iba a pasar hacia adelante. La tarde en que tuve que irme, cuando lo dejé solo, pocos minutos antes de marcharme, me miró tristemente y me dijo: «Arturo: qué soledad que nos está invadiendo ¿Cuánto tiempo se tardará en salir de esta noche?» Hoy pienso que estamos ya tardan-

do demasiado y que para él, esa noche, se hizo eternamente. Luego mamá te llama, os reclama y cambiando los rostros, las palabras, regresamos con ella. Ella pregunta ahora a sus parientes por los chicos, por los nietos. Todos estamos bien, muy bien. El nieto chiquitín ya casi habla. Se parece al abuelo. Le muestran una foto, dos fotos, veinte fotos que lleva la parienta de los hijos y nietos. Por un instante, todos recobramos la calma y el aire de la casa se llena con palabras cotidianas. Fuera sigue sonando el cierzo de febrero en las ventanas.)

Por la mañana, Laura fue en busca de Pablo para enseñarle las calles solitarias que la noche anterior no habían recorrido por los tontos temores de la muchacha a los perros sin amo y a las sombras lejanas. La mañana había aparecido violenta. El azul del cielo casi desaparecía bajo el agreste impulso del sol. Ni la más mínima brisa movía las hojas de las acacias que ya, a aquellas horas, parecían encontrarse socarradas por el calor. Laura, ataviada con unos pantalones vaqueros y una suave blusa, estaba contenta.

–Soy feliz– le dijo a Pablo cuando empezaron a caminar por entre las impersonales calles del pueblo nuevo. Soy feliz porque en casa, de pronto, se han roto una enorme cantidad de muros que nos estaban atenazando a mi madre y a mí. Se han caído porque ella se ha sentido liberada de demasiadas cosas que llevaba dentro de sí, desde hacía muchos años, demasiados años.

Poco a poco fueron atravesando las calles, la plaza, y llegaron por fin, ante el portón de ladrillo que, en tiempos, era la entrada principal del pueblo derrumbado. Frente a la puerta, una calle mayor, recta y espaciosa, aparecía abriendo a sus dos lados casas, fachadas de casas, restos de ventanas, de puertas, aleros sostenidos por una milagrosa situación de equilibrio. Por detrás de algunos de los vanos vacíos de las puertas emergía una destartalada torre de claros matices mudéjares. En algunos instantes el pueblo semejaba un enorme queso de gruyere salpicado con incongruentes materiales de derribo.

Al final de la calle mayor, una plaza –todavía conservaba el recuerdo de la fuente– abría varias calles en distintas direcciones.

–Por allí –explicó Laura– se iba hacia el barrio alto. La mayor parte de los que vivían en él eran pequeños propietarios de tierras. Se daban vida como podían e iban aguantando. Aquí, alrededor de esta plaza, vivíamos los que nada teníamos que ver con la agricultura. Ahí cerca, detrás de esas paredes caídas, vivía Mir. Allí detrás, un poco más arriba de esta torre, vivían mis padres, y aún viví yo durante mucho tiempo. Hoy ya no queda nada de la casa. Las lluvias y el viento han ido convirtiendo el ladrillo en barro. En esa casa –señalaba ahora un rinconcito escondido de la plaza, detrás de una gran casa cuya pared se avanzaba poderosamente del resto de las otras– vivían Julio Vega y su madre.

La casa estaba intacta, como si alguien todavía siguiese allí viviendo. Empujaron la puerta –el ruido de los goznes ahuyentó a unos pájaros anidados muy cerca– y ante ellos un pequeño patio cubierto con una cerámica de origen valenciano, apareció en silencio. Fueron registrando las dos habitaciones de la planta baja. No había nada.

–No tienen corral ¿ves? Casi ninguna casa de esta zona tenía corral. Eran casas de gente que nada tenía que ver con el campo. Funcionarios, maestros, y gente rica. Esa enorme fachada que ocupa el centro de la plaza era la casa de Florencio. Hoy está igual que las demás. Al fin y al cabo todos perdimos muchas cosas.

–Unos más, y otros menos.

–Tienes razón. Unos perdimos mucho más. Quizás hasta perdimos demasiado.

Luego, por una pequeña escalera de madera fueron ascendiendo hacia el piso de arriba. Una habitación –que to-

davía guardaba las señales del fuego bajo en el centro de uno de los muros– ocupaba la mayor parte de la planta. En la pared situada frente al hogar se abrían dos pequeñas alcobillas que, en tiempos, serían ocupadas por unas camas y utilizadas como dormitorios. En la otra pared, una pequeña ventana se abría hacia los huertos próximos y desde ella se podía divisar, hoy, el lejano cementerio del pueblo.

–¿Debía de ser un tipo majo? –se preguntó Pablo–. Todos los testimonios hablan de él como un tipo consciente.

–¿Dónde habrán ido a parar sus cosas? Seguramente –añadió Laura– se las llevaría su madre con ella.

Por una estrecha puerta, situada junto al hogar, una escalera empinada los condujo hasta un pequeño altillo. En los travesaños quedaban huellas de clavos y escarpias. Algún trozo de soga pendía abandonado. Pablo tiró de uno de los trozos y se llevó el clavo y parte del travesaño.

–Está todo podrido.

–El tiempo –añadió Laura– ha ido pudriendo todo; las casas, las ventanas, los maderos, y hasta las mismas piedras se han podrido. A veces, por las noches de invierno, cuando el cierzo pega fuerte y aúlla por entre los espacios vacíos de este pueblo, lo oigo desde la cama y me da sensación que son las voces de todos nuestros muertos que se reúnen aquí para maldecirnos e injuriarnos. De niña, en esas noches, bajaba a la cama de mi madre. Ahora haría lo mismo, si no me diese vergüenza reconocer mi miedo.

Pablo sonríe y tomándole una mano le comenta: «Los muertos no vuelven nunca. Son los vivos los que repiten las mismas acciones que emprendieron los muertos.» Por un instante ambos se quedaron parados, detenidos. Ninguno de los dos sabe cómo seguir adelante sin que la situación se rompiese de una manera brusca. Por fin Laura, azorada, –notaba que la mano que le tenía cogida Pablo le sudaba fríamente– señaló hacia una pared: «¡Mira!»

Borrosamente se podía leer:

D IR A ER AD ES ONARIO SALLE

–¿Qué querrá decir?

–Intestémoslo descifrar.

Y empezaron un largo juego de rellenar los espacios vacíos con vocales, consonantes, vocales y consonantes. El juego comenzó a divertirles, a interesarles. Por turno fueron jugando al acertijo. Después de un buen rato de buscar frases y encontrar expresiones sin sentido, decidieron abandonar el texto y regresar a la calle. Cuando habían iniciado el camino de regreso por las escaleras, Pablo se detuvo y dijo: ¡Ya está!

DECIR LA VERDAD ES YA REVOLUCIONARIO LASALLE

Y regresaron de nuevo hasta el altillo para comprobar la certeza de la expresión. Pablo había acertado y empezó a dar gritos de júbilo. Laura, emocionada también, se abrazó a él y le besó en el rostro.

–Gracias Pablo, por muchísimas cosas.

–Gracias también a tí, Laura. Muchas gracias.

Suavemente regresaron a la calle y comenzaron a caminar, por entre las ruinas, las torres derrumbadas, los aleros caídos, con una paz enorme. Laura propuso acercarse al ventorrillo –un viejo bodegón situado en las afueras del pueblo derrumbado– a tomar un vaso de vino «y unas olivas negras muy ricas que ellos mismos aliñan».

El ventorrillo era la única casa que quedaba en pie de todo el pueblo. El bodegón era un lugar sombrío y pleno de humedad. En los primeros instantes, al contraste con la luz de la calle, la oscuridad resultaba completa. Poco a poco, las sombras de los objetos y de las personas se iban haciendo corpóreas. Era un antro alargado, iluminado tan sólo por la luz que venía de la calle por la puerta de entrada –cubierta ahora en verano con dos enormes arpilleras para evitar calor y moscas– y por un ventanillo abierto a un corral. El mobiliario eran tres o cuatro mesas alargadas con unas cuantas sillas rodeándolas. Al fondo, un mostrador de zinc sostenía varias botellas de vinos, anises y revueltos. Tres individuos, sentados cada uno en una esquina separada, eran la parroquia en aquellos momentos. Ante ellos unos pequeños porrones reposaban la calma que se respiraba en el ambiente.

De los tres tan sólo uno levantó la cabeza de su modorra y en un suave gruñido saludó a Laura. Los dos jóvenes se sentaron en una de las mesas y al poco una mujer, envejecida y gruesa, apareció por detrás del mostrador. Acercándose a ellos comenzó a preguntarle a Laura por su vida, su madre, sus estancias en la capital. Poco después se retiraba para traer el vino y las olivas.

–Muchas tardes –le murmuró Laura a Pablo– me he venido hasta aquí. Eran esas amargas tardes de adolescentes y siempre me acompañaba el libro de Vallejo.

–No es lugar apropiado para leer a Vallejo.

–Es posible; pero en aquellos tiempos sus lecturas aquí me liberaban de casi todos los fantasmas que me rodeaban y que no podía arrancármelos de encima. A veces, mirando a través de esa ventana, leía una y otra vez aquel poema de «Era domingo en las claras orejas de mi burro, peruano del Perú», ¿lo recuerdas?

–Perdonen la tristeza –respondió Pablo añadiendo este verso del poema vallejiano.

Ambos se sonrieron mientras la mujer dejaba sobre la mesa –una mesa arañada con lejía y horas de manos de mujer arrebatándole las manchas– los dos vasos de vino y un cazuelito de barro repleto de olivas negras con un olor intenso a tomillo y otras yerbas.

–Espero que te sigan gustando como siempre.

–Seguro que sí, Pilar, seguro que estarán como siempre.

Pausadamente comenzaron a comerlas y a beber pequeños tragos de un vino con intenso sabor a uva.

–Hemos perdido –comentó Pablo– de tal manera el sabor original de las cosas, que cuando las vuelves a encontrar tal y como eran, te quedas extrañado. Y tan sólo te traen recuerdos, muchos recuerdos. Recuerdos de hace años, de tu propia infancia.

El hombre sentado frente a ellos no les dejaba de mirar en ningún momento. Sus ojos aparecían como anclados en la pareja y en todo el tiempo que ellos llevaban allí, no había elevado su porroncillo ninguna vez. Al rato Laura le dijo:

–Miguel, siéntate con nosotros. Aquí, junto a nosotros

–mientras el hombres, un tanto ebrio, se incorporaba e indecisamente se aproximaba al sitio indicado. Laura le murmuró a Pablo: Fue amigo íntimo de Eliseo Paz. Muchas veces me ha contado cosas de su vida.

Y el hombre, como sabiendo su cometido, una vez estuvo al lado de ellos, y de una manera atrabiliaria y lenta comenzó:

«Usted ha oído hablar de Bakunin?... Yo he oído muchas veces hablar de Bakunin. Me hablaba Eliseo en las noches de reunión. El siempre repetía una frase del Maestro que recuerdo ahora como entonces. Decían... más o menos decían... 'Buscar mi felicidad en la felicidad de los demás, mi dignidad en la dignidad de los que me rodean, ser libre en la libertad de los demás; he aquí todo mi credo, la aspiración de mi vida.' El lo repetía a todas las horas. Igual le daba que estuviésemos amorrados a los regueros en los días de invierno... que asándonos al calor de la siega o de la trilla. El repetía aquéllo y pensaba que un día se iban a cumplir las frases del Maestro... Ya nos vé. El muerto, yo hecho un perdido... la Engracia, su mujer, de zorra y ¡vaya usted a saber! y nada más. Yo lo conocía desde niño. Nunca fuimos a la escuela –tomando un par de olivas se detuvo hasta expulsar los huesos– y yo no sé cómo hizo aquel hombre para aprender lo que sabía. Porque saber, sabía un rato. Sabía de todo y hasta leía el periódico todos los días. Sin dejarse uno. Luego lo comentaba con nosotros. Yo estuve a punto de aprender a leer... de aprender a leer, si no hubiese pasado lo que pasó. Pero él creía que las cosas había que hacerlas así, y así las hizo, y así le fue. Nadie recogió su cuerpo. Dijeron que durante varios días estuvo al aire, hasta que alguien lo metió en una fosa común y allí quedaron los huesos de Eliseo... pobre Eliseo... ¡qué feliz fue cuando lo de Barcelona! Fue tan feliz que hasta se casó con la penco de la Engracia. Todos sabíamos que era un penco... había ido de mano en mano... quién más y quién menos la había palpao; pero él se casó con ella para demostrarnos que no tenía... que no tenía... ¿cómo decía él?... «perjuicios». Y se casó por lo civil... hacía falta muchos riñones para casarse aquí por lo civil cuando la época aquella... Pero él lo hizo. Se casó por lo

civil. Y se nos puso a adoctrinar, como decía él, a todos. Hasta a la Engracia adoctrinó. Y el uno de mayo cogíamos una bandera roja y negra, que él había hecho, y nos lanzábamos a la calle a cantar canciones revolucionarias. Cantábamos aquello de «Asturias patria querida» y para final lo de las barricadas... se me ha olvidado casi todo. Y eso que sus buenas horas de trabajo le costó a Eliseo enseñárnoslo a los cuatro miembros de la Confederación. Pero todo aquéllo se acabó. Para unos definitivamente y para otros buen pelo nos ha corrido... Era un gran tipo Eliseo. Los días del Comité nos reunía a todos para darnos el parte... ¡Era un demócrata!... muy demócrata... pero no le sirvió para nada... La Engracia ni lo lloró. Cuando se enteró de lo que había pasado se largó de aquí antes que nadie. Yo aún aguanté, pero poco... No tuve nunca el valor de Eliseo, ni la fe en la causa que él tenía... Supongo que su muerte debió de ser muy hermosa. Hasta cantaría lo de las barricadas... Y eso que él, durante el Comité, se lo olfateaba ya todo. Decía que aquello no funcionaba bien y que iban sucediendo cosas, por los alrededores, que no gustaban a nadie. El y Vega, ¿ha oído usted hablar de Vega?, empezaron a reunirse mucho aquellos días. Estaban de acuerdo en muchas cosas. También Roca se unía a las pláticas –¡que gran tipo Roca!– y analizaban todas las cosas, y todos los sucesos hasta que no podían más de sueño y se caían largos sobre una cadiera en casa de Eliseo y dormían hasta que les venían a avisar de que otra vez les esperaba el Comité. Roca y Vega lo trabajaban a Eliseo para que dejara la Confederación. Roca andaba ya escamado de todo aquello y empezaba a consentir en los términos de Vega, que hablaba de un poder muy fuerte, de una dictadura de los obreros. A mí, en el fondo, todo aquello me daba mucho miedo... menos del que pasé luego... pero mucho. Uno ha nacido pobre, y se morirá pobre. Es la ley. Y como la ley la han hecho los ricos, pues el pobre se muere de eso. Les repetía siempre esto y Eliseo me gritaba: ¡Miguel, no seas derrotista que te ajusticiaremos...! El no ajusticiaba ni a su abuela que andaba paralítica en casa y no les dejaba dormir durante la noche de los dolores que tenía, la pobre mujer... El día de lo de Vega... ¿sabe usted lo que le

pasó a Vega...? pues ese día se puso rabioso, muy rabioso, le gritó a la abuela, a su mujer y a mí. Estaba fuera de sus casillas. A raíz de aquéllo decidieron hacer lo que hicieron... El día que se marchaban, me vino a ver. Me dijo que Roca no iba. Que Roca había decidido marcharse al monte... le dije, haz lo mismo... ¿se lo dije? no me acuerdo, pero lo pensé. Y si no se lo dije hice muy mal. Era mejor irse al monte. Pero ellos se habían tomado la legalidad al pie de la letra... La llevaron hasta el final. Y cuando los vi marcharse en el camión, casi estuve a punto de llorar... y no estaba borracho, pero me lo olía. Yo siempre me he olido estas cosas. Luego han sucedido como yo me pensaba... nunca he fallado. Y ellos se marcharon convencidos de que la ley estaba de su parte. Adiós muy buenas. Adiós a todo... A veces cuando estoy solo aquí, tarareo lo de las barricadas... porque no se me ha olvidado, y me repito a mí mismo las frases del Maestro como recuerdo al amigo... ¿ha oído usted hablar de Bakunin...? El decía: 'Buscar mi felicidad en la felicidad de los demás, mi dignidad en la dignidad de los que me rodean. ser libre en la libertad de los demás; he aquí todo mi credo, la aspiración de toda mi vida'. Es bonito ¿verdad? pero no nos ha servido para nada.»

Miguel se calló de golpe. Mirando hacia la calle dijo que tenía que ir a comer y, a tumbos, luego de estrechar la mano de Pablo, abandonó el Ventorrillo. Poco después también lo abandonaron Laura y Pablo. La luz radiante de la calle los alivió de las palabras de Miguel. El tomó la mano de la muchacha y, a través de unos bancales de huerta que rodeaban al pueblo destruido, llegaron a las calles del pueblo nuevo. Al dejarla en su casa Pablo le dijo:

–Me gustaría tomar café en tu casa.

–Puedes hacerlo, si quieres.

–Hasta luego.

El calor, a aquellas horas, resultaba ya insoportable.

«Tercera reunión del Comité. Lunes. Nueve de la mañana. Vega actúa de Secretario.

»De moderador es encargado Emilio Sanz.

»Este, antes de iniciarse la sesión, indica que en ningún momento dejará que las cosas discurran por cauces como los de la última reunión. Añade que si el deseo de todos es acostarse a altas horas de la madrugada, lo pueden hacer, pero sin excusarse en tener que discutir sobre asuntos concernientes a la defensa de la legalidad establecida. Que piensa imponerse como moderador por las buenas o por las malas. Ruega que esto conste en acta.

»Pide la palabra, en primer lugar, Eliseo Paz que ha sido quien ha promovido esta nueva reunión del Comité.

»Quiere presentar al Comité una serie de acontecimientos ocurridos en las últimas horas en las proximidades del pueblo. Inicia la exposición de lo sucedido en la tarde de ayer cerca del término de la val de Roca. Cuenta que ayer, por la tarde, y aprovechando el descanso que el Comité había decidido tomar, se añadió a una partida que iban a segar los trigos de toda la val. Iniciaron la siega sin más incidentes que los comentarios a lo que andaba sucediendo aquí. Todos querían saber noticias concretas, hechos concretos. Debemos pensar que nuestra actitud repercutirá en la de muchos otros miembros de nuestros mismos partidos. Y la gente se halla intranquila...

»Sanz interviene para recordarle que no debe dar juicios de valor. Se debe referir fundamentalmente a los hechos.

»Paz continúa. Dice que cuando a media tarde habían hecho un alto para merendar un bocado y continuar luego con la faena hasta la noche, oyeron el rumor de motores. Era una especie de zumbido que enseguida nos dimos cuenta que correspondía a algo que no era ni un camión ni un autobús. Primero porque estábamos muy alejados de la carretera. En segundo lugar porque todos habíamos oído alguna vez un motor de coche y aquéllo zumbaba de distinta forma. El ruido iba creciendo hasta que el zagal de «Los Rubios» empezó a gritar: «¡En el cielo, en el cielo!» Levantamos la cabeza y vimos de golpe, sobre el aire, tres avionetas que ranqueaban ruidosamente. Pasaron por encima de nuestras cabezas. Los saludamos en medio de un guirigay enorme. Les gritamos palabras y desaparecieron tras de las lomas del cabezo del lobo. Nos pusimos a trabajar, pero de nuevo comenzamos a oír el zumbido. Esta vez estábamos segando la partida de usted –ahora se refiere al presidente– esa que siembra entre los olivares. Desde allí también los saludamos. Pero cuál no sería nuestro asombro cuando desde el cielo comenzaron a repiquetear las ametralladoras de los tres aeroplanos. Nos amorramos al suelo –nos libró estar debajo de los olivos– y nos quedamos quietos un buen rato. Oía a mi lado cómo alguien lloraba suavemente. Me giré para animarlo y era el zagal que había visto todo. Había visto cómo las dos mulas y un asno habían sido ametralladas justo en el mismo lugar en que nosotros habíamos estado antes echando el bocado. Habían venido por nosotros y durante un buen rato seguimos metidos bajo los olivos esperando que regresasen. Las dos mulas y el asno los dejamos allí. Ellos venían por nosotros, estaba muy claro. Después de este suceso yo me pregunto: ¿qué estamos esperando para defendernos? De todas las personas que siempre se han enfrentado a nosotros sólo queda en el pueblo don Rogelio. Pidámosle a él cuentas por las muertes de nuestros animales. Nada más.

»Después de un largo silencio, pide la palabra Alcázar. Se le concede. Al mismo tiempo la pide también Roca. Sanz le dice que hablará después que Alcázar. Roca insiste en que lo que va a decir añade datos a lo que ha explicado Paz. Sanz le repite que ha pedido primero la palabra Alcázar, y que la tiene él. Alcázar toma la palabra.

»Dice que respecto a los sucesos del día anterior ya tenía noticia. Que alguien de la cuadrilla había ido esa misma noche a comunicárselo. Pero que también ayer había recibido nueva carta de Arturo y que si se lo permitían, la iba a leer.

Félix Mur comenta que desde la capital todo se ve más tranquilo, pero que lo que hace falta es estar aquí. De aquí nos van a coger a todos como a conejos. Sanz le manda callar por varias veces y al no hacerle caso, Sanz se levanta y aproximándose a Mur le pide que haga el favor de mantener las formas democráticas del diálogo y que si no sabe, que se vaya. Mur insiste en que está empezando a estar harto del diálogo. Roca y Paz le ruegan que guarde silencio. Alcázar empieza la lectura.

»Queridos Julián y compañía: Espero que todos estéis bien. Los amigos de aquí me piden que os envíe recuerdos de su parte. También me dicen que todos estamos unidos frente a lo que pueda suceder. El motivo de la carta es para comunicaros ciertas cosas de las que me he enterado y también algunas consignas que en estos momentos están dando las directivas de algunos partidos. Vayamos por partes. Parece ser que los escasos números de facciosos sublevados, están llevando una táctica de desconcierto intentando poner nerviosos a los miembros de las organizaciones legales con el fin exclusivo de que éstos, ante tales acontecimientos, decidan pasar a la acción y se produzcan violencias y enfrentamientos que den la razón a la que ellos están esperando. En estos momentos se encuentran absolutamente aislados y solos. Esperan que estas actuaciones suyas hagan creer en su fuerza y obliguen a unos y a otros, a tomar posturas definidas que les abran el campo para sus actuaciones posteriores. Os pido por favor –y no sólo yo, sino también otras personas a través de las cartas que te envío– que os mantengáis unidos y dentro de la más estricta legalidad. Un abrazo. Arturo.

»Alcázar reparte entre los distintos miembros del Comité los escritos que Bernués había enviado con su carta. Se unen al folio correspondiente.»

–Deben de ser estos papeles a máquina que encontramos separados– explicó Laura a Pablo, mientras rebuscaba por la carpeta un sobre donde ella los había guardado. Estos son.

Pablo los sacó del sobre y comentó: «Debieron de perderse algunos pues aquí sólo se guardan los correspondientes a tu padre y a Mir.»

Los leyó: «Querido correligionario: Ante los sucesos que se están produciendo, te aconsejamos que te mantengas sereno y tranquilo en tu puesto. Piensa que la fuerza está en la unida y en la legalidad. No rompas ninguna de las dos ante las actuaciones provocativas de gentes extrañas. Salud.»

–Cada uno –explicaba Pablo– debió de recibir mensajes parecidos, ¿no crees?

–Supongo.

–Sucedería que cada uno se lo guardaría para él, para leerlo a sus compañeros.

Luego siguió leyendo el libro de actas:

«Después de leídas las misivas por cada uno de los presentes, Sanz da la palabra a Roca.

»Este dice: Es posible que lo que nos acaba de leer Alcázar, y lo que se nos dice en estos papeles, sea verdad. Yo iba a decir algo parecido a lo que ha contado Paz. Luego cuenta que en la tarde de ayer, también, estando cerca del monte de las sabinas, ese que está delante de la paridera de Florencio, empezamos a verla arder. Cuando fui corriendo ya habían llegado también otros del pueblo. Nada pudimos hacer porque el fuego prendió a todos los árboles casi a la vez. Durante un buen rato vimos cómo ardían convirtiéndose en ascuas y en ceniza con una rapidez increíble. Cuando al cabo de más de una hora pudimos acercarnos a los primeros rescoldos, nos encontramos con que junto a las primeras hiladas de sabinas había varios bidones tirados por el suelo. Sin ninguna duda allí habían echado gasolina. Nunca en mi vida había visto arder la madera a tal velocidad. Luego dice que ha traído varios de esos bidones para que los vean los demás. Sanz pide que los traiga. Roca sale de la sala y al poco entra trayendo dos enormes bidones calcinados. Sanz huele uno de ellos y afirma que todavía huelen a bencina. Todos los demás miembros del Comité aseguran lo mismo. Roca añade –pregunta primero si sigue teniendo la palabra– que de la paridera habían desaparecido los corderos. Que había preguntado a Isaías, el pastor de Florencio, si sabía algo de aquello y que éste le respondió que aquella mañana

no había ido a sacar las ovejas porque no se encontraba bien, que luego envió a su hijo, y este regresó contándole lo que ya he dicho. Creo –concluye Roca– que a pesar de todo las cosas hay que empezar a tomarlas en serio. Sanz pregunta si alguien quiere tomar la palabra. Nadie le responde. Pregunta si puede hablar el moderador. Se le responde que sí y dice: Que dadas las circunstancias por las que están pasando insiste en la creación, no ya de dos o tres alguaciles, sino de una partida de hombres armados para que, en situaciones parecidas a las que se han referido Roca y Paz, pudiesen actuar en defensa de los vecinos del pueblo. Que él no creía mucho en las palabras de Bernués ni de los directivos. Que estaba seguro de que las cosas estaban peor de lo que todos creían. Y vuelve a insistir en la partida de hombres armados. Creo que es el único medio de que no nos cojan tranquilamente. Alcázar pide la palabra. Pregunta: ¿Qué podrían hacer una partida de ocho, diez o doce hombres armados con escopetas de caza, contra las avionetas, o contra tropas regulares? Nadie responde. Mir añade que eso daría pie para que muchos vecinos adoptasen una desconfianza hacia el Comité que hasta ahora no habían mostrado. Debemos pensar que en las elecciones sacamos la mayoría, pero no todos los votos. Mucha gente no nos votó a nosotros. Ellos están, por las razones que ahora no vienen al caso, con Florencio y con los suyos. Si a estas gentes les mostramos una partida de hombres armados por nosotros, adoptarán posturas que no nos interesan. Sanz da la palabra a Ruiz. Este dice: No cree en la utilidad de la partida armada; pero tampoco la ve tan inútil. Piensa que posiblemente asustaría a algunos, pero que daría, por el contrario, fuerzas a muchos que en aquellos momentos empezaban a perderla. No estoy de acuerdo con la carta de Bernués, ni con las misivas restantes. Escasamente llevamos tres días de acontecimiento –Alcázar aclara que son cinco– da lo mismo, insiste Ruiz, tres que cinco, y un perdido pueblo como éste ha recibido ya dos llamadas de atención. Ninguna de las dos han sido en broma. En una ha desaparecido el bosquecillo de sabinas. En otra unos hombres han perdido algo muy valioso para

ellos, tres animales. Pienso y perdonar que sea tan pesimista, que en la misma situación que estamos nosotros se encuentra gran parte de la gente. Hay demasiada confianza en nuestras propias fuerzas. Pregunto: ¿cuáles son esas fuerzas? En la realidad ninguna. Sólo fuerzas morales que queremos oponer a gentes que defienden fuerzas muy reales y tangibles. Sigo opinando que la batalla ya está perdida. Sanz se apodera de la palabra y a grandes gritos dice que no se debe ser pesimista. Que las fuerzas populares cuentan mucho. Que ya se verá quién de los que están en estos momentos aquí tiene la razón. A continuación se comienza a discutir acaloradamente. Alcázar pide que nada de lo que se está diciendo ahora conste ya en acta. Se levanta la sesión.»

–Debió terminar siendo muy agitada. Quizás una de las más agitadas, porque las disparidades de criterios no tenían nada que los forzase a unir.

En aquel momento, la madre de Laura hizo su aparición en la sala.

–Hoy es el aniversario de la abuela. Te rogaría que me acompañases a la iglesia.

–Está bien mamá, te acompañaré.

–Usted perdonará, verdad Pablo.

Este hizo una mueca con la cabeza de asentimiento.

–¿Te apetece venir?

–No. Prefiero, si no te importa, irme a la fonda para pasar a limpio las notas que he tomado hoy.

–Como quieras.

Pablo le dio un suave beso en la mejilla y bajó por las escaleras, dejando que Laura terminase de recoger las cosas.

«Mire señor, prefiero no hablar de aquellas cosas. Una, ya lo ve usted, vive aquí retirada y durante años se ha visto obligada a hacer de todo. La muerte de Pedro, en aquellas

condiciones, me dejó en la más absoluta miseria. Seguí aquí, porque aquí había nacido y no sabía a dónde dirigirme. Mis padres habían llegado hacía muchos años de maestros, los dos, mi madre y mi padre. Nunca tuvieron intención de quedarse, pero luego, poco a poco, se fueron habituando a estas gentes, a este paisaje, y se sentían felices. Tuvieron ocasión de marcharse a ciudades grandes, capitales de provincia incluso, pero los sueldos no daban para nada y aquí, entre los dos salarios, un trocito de huerta que cultivaba mi padre y el orden de mi madre, hasta pude ir durante dos años a la ciudad a casa de unos parientes, para aprender el corte. Pero no sé por qué le cuento todo esto. Hace tiempo que lo he olvidado, arrinconado, como si nunca hubiese existido. Por otro lado Pedro y yo no nos llevábamos bien últimamente. ¿A veces me pregunto porqué regresé de la ciudad y no me quedé allí? Lo cierto es que tuve que regresar. Mamá había pasado un mal invierno –aquel año le empezó lo de los bronquios que acabaría con ella– y mi padre decidió traerme. Venía ya con otros aires. Entonces nadie, excepto los hijos de los más ricos, iban a la ciudad. Y vine con aires orgullosos y comencé a sentirme fastidiada entre mis antiguas amigas que ahora, me resultaban paletas y aburridas.»

Doña Rosa, la viuda de Pedro Mir, toma el abanico abandonado sobre la pequeña mesa de bambú y se airea nerviosamente. Bebe un traguito de manzanilla que tenía preparada ya cuando llegó Pablo y continúa:

«Aburrida hasta tal punto que, con la excusa de la enfermedad de mi madre, ya no salía de casa. Apenas salía de casa. No sabía nada del pueblo, ni me interesaba. Soñaba con marcharme y continuamente les insistía a mis padres para que lo hiciesen. Nunca lo hicieron. Pero todo esto son cosas olvidadas que a usted no le interesan, claro. A usted le interesa saber algo de mi marido. ¿Sabe que no puedo imaginármelo envejecido? Lo sigo viendo como el último día que lo vi, o me lo imagino igual que el día que mi padre lo trajo a comer a casa: menudo, con un bigotito fino, vestido pulcramente y con un aire muy triste. Se lo comenté a mi padre lo del aire triste y él me dijo que es que era que había

estado encarcelado por motivos políticos y ahora lo enviaban aquí desterrado. De repente aquel personajillo diminuto y asustado se convirtió en mi héroe y un día lo conseguí besar en la cocina –mamá estaba en la casa con sus bronquios– hasta casi dejarlo sin respiración y nos casamos. Nos casamos y yo tenía una enorme necesidad de hijos, pero él, o yo, no servíamos para eso. Y nos fuimos separando cada vez más. Mi héroe se convirtió en lo que era, un hombre vulgar. Y cada vez nos fuimos encontrando más lejos, mucho más lejos.»

La mujer vuelve a abanicarse de un modo mecánico y le ofrece a Pablo algo para beber.

–No, muchas gracias. Ya he tomado café y no bebo nunca licores. Muchas gracias.

«Al principio él me hablaba de sus ideas. Se hizo muy amigo de Alcázar y se pasaban horas paseando o los domingos Pedro le acompañaba a las visitas de los pueblos próximos. Poco a poco un enorme silencio se fue creando entre ambos. Creo que llegamos a odiarnos. El entonces hacía su vida y yo la mía. Leía mucho. Se pasaba las horas muertas leyendo. Unas veces leía prensa, que luego comentaba con mi padre, otras leía libros. La casa se llenaba de libros. Libros que le dejaba Alcázar o aquel muchacho silencioso que se llamaba, ¿cómo se llamaba? bueno no me acuerdo cómo se llamaba. Y eso que venía mucho por casa y me saludaba siempre muy atentamente. Aquel muchacho también le dejaba libros. Según Pedro, el chico aquel se gastaba el dinero en libros. Y esto a él le gustaba. En navidades –el chico estudiaba en la ciudad; no sé el qué, pero algo estudiaba en la ciudad– en cuanto se cerraban las escuelas, Pedro se venía a casa. Preguntaba si había llegado, ¡ah sí, Ruiz! El chico se llamaba Ruiz. Pues lo primero que hacía Pedro era preguntar por él. Y lo esperaba. Se pasaba toda la tarde sentado al lado del ventanillo que daba a la calle. Cuando lo veía aparecer se subían los dos al altillo, y allí se pasaban todas las vacaciones. No se les oía hablar una sola palabra. Yo me asomaba a veces a mirar por la cerradura, y allí estaban los dos, como dos pasmarotes, leyendo. Todas las navidades leyendo.

»Un día vino como loco. Habían cerrado la escuela. Habían ganado. Somos una tierra libre, decía. Y a partir de entonces las relaciones con Alcázar aumentaron. Luego fueron viniendo por casa gentes ordinarias como Paz, Roca y Mur. Gente pobre que apestaba la casa a suciedad. También se hizo amigo, esto fue más tarde, un nuevo maestro que llegó por aquellos años, se llamaba Vega. A partir de entonces las cosas empezaron a ir mal en el pueblo. Unos hablaban mal de los otros. La señora de Don Florencio me retiró el saludo. Y cada vez las discusiones con Pedro aumentaban de tono. Algunas veces llegué a zarandearlo. El me miraba. Siempre me miraba y nunca era capaz de actuar. Me hubiese gustado que me hubiera dado un par de bofetadas. Pero él era incapaz de aquello. El aguantaba todas mis tarascadas en el mayor silencio. Sólo me decía, de vez en cuando, hazlo por tus padres. Pero estaba harta de mis padres, y de él, y del pueblo, y de Alcázar y de todos los tipos que venían por casa.

»El día de lo de Vega quise enfrentarme a él. Ese día me miró a la cara y me detestó con una rabia que estuvo a punto de hacerme llorar. Fue hacia mi padre y le dijo que habían matado a Vega, y sabían quiénes habían sido y que habían decidido llevarse a don Rogelio, bajo acusación de cómplice de asesinato a la ciudad. Se marchó sin más. No dijo nada. Le dio un beso cariñoso a mi madre y apretó la mano de mi padre. A mí no quiso decirme nada, absolutamente nada. Luego me enteré de su muerte y estuve a punto de volverme loca. Entonces descubrí que lo necesitaba más que nunca y lloré por todo lo que no había llorado anteriormente.»

Doña Rosa se limpió los ojos arrasados en lágrimas y aproximándose un pequeño bolso negro, sacó un viejo papel y dándoselo a Pablo le dijo: «Tome, léalo. Alguien me lo trajo años después. Lo había llevado con él desde el día que Pedro se lo entregó, hasta dármelo a mí. Léalo. Yo lo he leído muchas veces ya.»

«Querida Rosa: No sé si estas letras llegarán algún día a ti pero con esa esperanza las escribo y se las doy a un buen amigo de ambos. Las cosas no han pasado como creíamos que iban a suceder. En el fondo tenían razón Paz y Roca. También tenía toda la razón Ruiz que hasta hace unas horas ha estado en la misma habitación que yo, y que ahora ya no sé dónde se encuentra. Ellos tenían toda la razón y nosotros, ingénuos de nosotros, nos habíamos equivocado desde el principio. Nos esperaban ya en las cercanías de la ciudad. No nos dejaron bajar del camión. Sólo se lo permitieron hacer a don Rogelio. A nosotros no. Ahora no sabemos lo que va a pasar. Por las madrugadas se escuchan disparos en las cercanías de donde yo me encuentro. No quiero alarmarte, pero es mejor estar preparados para lo peor. Ten fe y fortaleza. Besa a tus padres y cuídalos mucho. Para ti todo el cariño del mundo. Pedro.»

Las últimas líneas las había ido repitiendo en voz alta también la mujer. Luego se hizo un enorme silencio y se escuchó largamente el tic-tac de un reloj despertador situado sobre una comodina de la habitación. Doña Rosa, del mismo bolso negro, sacó una amarillenta y raída foto. Una pareja de novios sonreían ridículamente hacia el espectador.

–Fue nuestra foto de bodas. La única foto que conservo de él. El único recuerdo que guardo de él. Los tiempos fueron tan malos que fui vendiendo todo: ropas, libros, anillos. Todo lo que tuve a mi alcance, para poder seguir comiendo y alimentando a mis padres. Sólo me queda esta foto –concluyó mientras la volvía a guardar, junto con la carta en el mismo lugar de donde las había sacado– y una amargura muy grande.

Cuando Pablo se metió en la cama adusta de la fonda, dos frases le repiqueteaban en el cerebro: «Ten fe y fortaleza» y «una amargura muy grande». Con ambas frases, girándole por el cerebro, se quedó dormido.

Por la mañana, cuando Pablo fue a buscar a Laura, ésta le propuso ir a pasar unas horas al río. El accedió y, después de atravesar el pueblo, salieron hacia las barrancadas ariscas por cuyas profundidades corrían las aguas menudas de un afluente escaso. Tomando un camino adosado a las paredes erectas comenzaron a andar por entre un paisaje brutal y desértico.

–Este era el viejo camino que entonces se tomaba para llegar a la carretera –le fue explicando Laura– por aquí fueron ellos, en larga comitiva. Por aquí avanzarían mi padre y Mir acompañados de Sanz y Ruiz. En el centro llevarían a don Rogelio y detrás, cerrando el paso, irían Paz y Mur. ¿Qué pensarían en aquella adusta amanecida unos y otros?

–Nunca lo sabremos –respondió Pablo– pero seguro que ninguno de aquellos hombres caminaba seguro y convencido de lo que estaban haciendo.

Bruscamente el camino descendió hasta encontrarse a la altura del río. Ahora, unos bancales de huerta, ralas y humildes, aparecían flanqueándolo. Un poco más adelante el camino se dirigía perpendicularmente hacia las orillas del riachuelo y, por medio de un pequeño y rústico puente, lo cruzaba. Laura se detuvo y dijo:

–El viejo camino seguía por allá arriba –le señalaba una línea blanca que por entre los roquedales situados frente a ellos, se divisaba. Era el camino que debían seguir los carros y los animales de carga. Por aquí –ahora señalaba hacia un sendero que, siguiendo la orilla del río, sin atravesarlo, se perdía por entre unos huertos feraces y que contrastaban con el rojo violento de los conglomerados empinados bruscamente a uno y otro lado del río– marchaban los que iban a pie y, aún hoy en día, el pequeño comercio que subsiste con los pueblos vecinos, se trajina por aquí.

Laura tomó el estrecho sendero y renovó la marcha. Por entre higueras, albaricoqueros, nogales, granados y algún peral que otro, el camino se hizo más fresco y agradable. A veces seguía la marcha de los canteros de las huertas

–borrajas, judías verdes, maíces muy tiernos, y estrechos melonares– como si fuese un trazado hecho más por los hortelanos de aquellas zonas, que por los hombres que de un pueblo se dirigían a otro. De vez en cuando, de entre los árboles, surgían pequeñas casetas de adoba y teja, cerradas a cal y canto. En todo el camino no se habían cruzado con nadie.

–Ahora ya no viven por aquí –le dijo Laura– Hasta hace pocos años aún quedaba alguna familia; pero al final todos se han ido. Las huertas se están haciendo yermas por la falta de la mano del hombre. Estos canteros que ves trabajados son pequeñas propiedades de gentes que tienen algún oficio ajeno a la tierra.

De golpe las huertas terminaban y el camino se abría brusco a un enorme cortado por el que, tortuosamente, caía el río formando una pequeña cascada. Al fondo de la cascada un pozo remansaba las aguas, las detenía suavemente, para luego dejarlas de nuevo correr entre las piedras.

–Por aquel estrecho –señalaba Laura una arista abierta en lo alto de las rocas– sigue el sendero. Por allí continuarían y al poco divisarían ya el lugar en donde les esperaba el camión. Pienso, cuando algunas veces he pasado por allí, si no creería don Rogelio que lo iban a tirar desde lo alto. Nunca pude hablar con él, pues ya no regresó al pueblo. Me hubiese gustado saber sus pensamientos, sus ruegos, sus conversaciones. Atravesar aquél estrecho rodeado de barrancadas enormes en compañía de unos hombres con los que nunca había tenido un trato cordial, debió suponerle un esfuerzo de voluntad asboluto.

–¿Subimos? –preguntó Pablo.

–Si no te importa preferiría no hacerlo. La cuesta es muy empinada y el sol, una vez que te aúpas de la sombra de las rocas, te deja molida. Pero, si tienes mucho interés...

–No –respondió Pablo– prefiero no subir. También a mí el calor me agota y hoy nos hemos dado una buena paliza de caminar. Vamos a bañarnos.

Corriendo por entre los juncales que limitaban la humedad del río con la seca agresividad de las arcillas, se empina-

ron a una gran roca que limitada la salida del agua remansada en el pozo. Laura fue la primera en desvestirse –llevaba bajo su vestido un pequeño dos piezas– y en lanzarse al agua. Metida en el interior del pozo llamó a Pablo a grandes voces, que resonaron por entre las paredes altas que cerraban casi la vista del cielo. El agua de la cascada se escuchaba y el resto era el silencio. Pablo, nadando se aproximó a la muchacha.

–Mira desde aquí –le dijo ésta señalando a lo alto– el estrecho paso. Fíjate.

Pablo alzó la cabeza del agua y sintió vértigo al notar la verticalidad de las rocas sobre su cabeza. Sus antiguas manías de claustrofobia le asaltaron y suavemente, sin comentar nada con Laura, fue alcanzando de nuevo la orilla.

–¿Te sales? –le preguntó Laura entre los ecos de las voces repetidas por los distintos barrancos del paisaje.

Pablo respondió con un gesto de cabeza y se tendió sobre la roca que en aquellos momentos comenzaba a recibir los primeros rayos del sol. Durante un buen rato estuvo contemplando una montaña crecida en las mismas orillas del río y levantada verticalmente hacia el cielo. En la parte más alta de la montaña se podrían entrever como extraños agujeros semejantes a ventanas.

–Es el mojón del Lobo –le dijo Laura que había venido a tenderse a su lado–. Allá arriba aún se pueden contemplar las obras de los emplazamientos de la artillería. Desde arriba se dominan tres pueblos y dos carreteras. Una, la que va a la ciudad y la otra, la que viene desde la sierra y se encuentra con ella, al otro lado justo de esta montaña. La artillería estuvo allí acosando a los pueblos durante cerca de tres años. Deshizo el nuestro, y machacó los dos restantes. De uno de ellos no quedó en pie ni el cementerio. Debió de ser un asedio brutal, terrible. Casi nadie te quiere hablar nunca de él, y cuando lo hacen, no te explican nada. Sólo te dicen que veas el antiguo caserío, y te harás una idea.

Tendidos sobre la roca se pusieron a fumar. El sol les calentaba las espaldas y se sentían felices. El silencio hondo que les rodeaba –batido alguna vez por el graznar de alguna ave perdida– les hacía sentirse unidos, más unidos. Pablo

besó a Laura en la boca durante unos instantes. La muchacha sacando del bolso playero el libro de poemas de Vallejo, se puso a leer en alta voz:

«Miré el cadáver, su raudo orden visible
y el desorden lentísimo de su alma;
le vi sobrevivir; hubo en su boca
la edad entrecortada de dos bocas

Nuevamente ambos volvieron a besarse. Esta vez había rabia y amor entre sus labios y por un largo momento ninguno de los dos esperaba volverse a separar del otro. Una y otra vez volvían a hallarse sus bocas. Una y otra vez sus labios perseguían ansiosos los labios contrarios. Una y otra vez se quedaban callados. Al final los dos, a dúo, haciendo que las palabras retrocediesen por entre los barrancos, paredes y vertientes del valle, concluyeron la lectura del poema:

«Le gritaron su número: pedazos.
Le gritaron su amor: ¡más le valiera!
Le gritaron su bala: ¡también muerta!
Y su orden digestivo sosteníase
y el desorden de su alma, atrás, en balde.
Le dejaron y oyeron, y es entonces
que el cadáver
casi vivió en secreto, en un instante,
mas le auscultaron mentalmente, ¡y fechas!

Esta última frase le gritaron cada vez más fuerte, más fuerte, ¡más fuerte! Hasta que algún pájaro desanidado, aterrorizado, huyó por las vertientes más lejanas. Después el silencio se hizo más hondo, más arisco, más grave y sucesivo.

Iniciaron el camino de regreso. Justo a la altura del pequeño puente, alguien los saludó desde el interior de un «dos caballos».

–Es Emilio –explicó Laura. Y alargando el paso se aproximaron a él.

–¿Os llevo? –dijo el hombre que conducía el coche– Voy para el pueblo. He estado pescando cangrejos toda la maña-

na –se puso a explicar mientras los dos jóvenes se acomodaban en el coche– y no se me ha dado mal. Cerca de seis docenas. Si queréis merendar cangrejos estáis invitados.

Laura hizo las presentaciones. Emilio dio a entender que ya se lo suponía y que estaba enterado del interés de Pablo por el asunto del Comité. Y sin más, Emilio Sanz hijo de Emilio Sanz, el herrero, contó:

«Mi padre siempre fue socialista. Desde mis primeros conocimientos recuerdo retratos de don Pablo por la casa. Había uno enorme encima de la fragua. Aquel lo salvamos metiéndolo dentro de la leñera en donde se guardaban las maderas que hacían poner en marcha la fragua. El siempre había sido socialista. De los de don Pablo, y luego de los de don Indalecio. El contaba que una vez fue a la ciudad a oír hablar a don Indalecio y a Largo Caballero. El día que regresó de aquel mitin, estaba emocionado. Mi madre, a veces, todavía lo cuenta. Lo cuenta sobre todo el día del aniversario. El día que nosotros hemos decidido que sea el aniversario de su muerte, porque realmente nunca hemos sabido qué día justo fue su muerte. Alguien nos dio una fecha y otras gentes nos han hablado de fechas distintas. Elegimos una, y siempre la celebramos con mamá. A ella le gusta recordarlo pues fue un hombre que resulta difícil olvidar. Estaba lleno de vida, de humanidad y de respeto para con todo el mundo. Era el único herrero de los cuatro o cinco pueblos del contorno, y a él acudían a herrar los machos, o a cambiar los ejes del carro, o las llantas metálicas de las ruedas. Casi nadie pagaba –ya sabe usted que entonces había que esperar la cosecha para poder pagar– y él los dejaba sin más. Nadie faltó nunca a pagarle. Aquello le afirmaba más y más en la condición del hombre. Y él tenía una enorme fe en sus ideas. Según él, eran las únicas que podrían liberar al hombre. Y por ellas luchó. Luchó en su juventud para que las tierras del monte –que pertenecían a un conde que jamás vino por aquí– regresasen al pueblo y se repartiesen entre los labradores que, desde hacía años, las trabajaban y las habían sacado del yermo. Aquello le costó varios meses de cárcel. Cuando regresó volvía tan feliz y contento, que decidió casarse y no esperar más. Mis abuelos, los padres de mi madre, no querían y él los convenció. Convencía a todo el mundo, porque detrás de él no había nada, sólo voluntad de ayuda hacia todos. Hasta Ochoa venía a herrar sus caballos, y, mientras mi padre se lo hacía, discutían amigablemente de sus cosas. Ochoa lo quería. Cuando todo pasó, Ochoa vino a casa a decirle a mi madre que contásemos con él para todo. No fue a ninguna otra casa. Vino sólo a la mía. Mi padre era un revolucionario limpio, y nadie pudo nunca enturbiar su memoria. Hubo quien lo intentó. Así le ha ido y hoy anda arrastras por algún lugar de esta tierra. Pero es mejor no acordarse de él.»

Los cangrejos rebullían en la parte trasera del coche. Un run run continuo se escapaba de la cesta de mimbre en donde viajaban amontonados. Emilio sonrió girando la cabeza hacia atrás y añadió:

«A él también le gustaba la pesca del cangrejo. Por los días del Comité, a pesar de que iba que no se tenía de sueño, no dejábamos un día ni medio de ir a la pesca. El fue quien me enseñó los codos del río, los recovecos y rincones en donde crían y se esconden. Aquellos días, algunas veces, venían con nosotros Vega y Roca. Vega también era socialista y Roca, desde hacía unos tiempos, desde la victoria electoral de los nuestros, andaba acompañando a mi padre, a pesar de que aquello no le pareciese nada bien a Paz.

Le decía que veníamos a pescar cangrejos los cuatro. Pero en ningún momento hablaban de lo que se había decidido o hecho en el Comité. Se reían como locos, como niños y yo los miraba asombrado. No los entendía, pero de pronto me sentía también metido en su propia alegría y comenzaba a reírme de los capuzones insólitos de Roca o de los gritos de alarma que lanzaba Vega, cuando algún cangrejo, se le agarraba fuerte a los dedos o a las manos. Mi padre decía que los soltasen, que eran peor que los radicales. Pero Vega no sabía hacerlo y corría por la orilla moviendo violentamente las manos. Roca se tumbaba en el río de risa y yo, me caía sobre algún zarzal hasta herirme las manos. Eramos tan felices que todavía hoy, cuando bajo al río, y me siento en una piedra me emociono. Me saltan las lágrimas. Porque tuvo usted que ver a mi padre el día que trajeron muerto a

Vega. Apareció en casa dando gritos, injurias y blasfemias. Tiró el yunque contra unos cachibaches amontonados en un rincón y los hizo añicos. Los destrozó. Mi madre se levantó sobresaltada y al enterarse de la muerte del muchacho salió corriendo hacia su casa. Lloraba cuando atravesó el pasillo y yo la oí llorar. Me incorporé y fui a buscar a mi padre. Estaba sentado en un rincón, sí, en un rincón oscuro y cuando me vio aparecer me cogió con sus enormes manos y me dijo que habían matado a Vega, me explicó todo lo que estaba pasando y me dijo que sucediese lo que sucediese, me hablasen lo que me hablasen, creyera siempre a su padre. Y me explicó todo. Me lo contó todo. De tal manera me trató que aquel día me di cuenta que me había vuelto un hombre.»

El «dos caballos» llegó entonces a las primeras casas del pueblo viejo. A la derecha quedaban los lavaderos antiguos, ahora resquebrajados y hundidos. Un poco más allá algunas casas se mantenían en pie porque eran utilizadas como almacenes o bodegas. Luego, al entrar ya en las calles del barrio alto, todo eran escombros, paredes rotas, restos de carteles de lo que un día fuera café o barbería. Lentamente el coche fue atravesando las tortuosas calles.

«La mañana que se marcharon nos besó a todos, a mi hermana chica, al recién nacido, a mi madre y a mí. A mí me tomó del hombro y me dijo que pasase lo que pasase, allí –me señaló la estancia que servía de herrería– estaba el pan de todos. No lo abandones nunca. Y estos días, cuida a tu madre. Detrás de ellos caminé un buen rato. Iban todos menos Roca. Roca se había negado a ir y fue mi padre quien aceptó aquella decisión del joven. Iban delante Mur y Paz. Tu padre –se dirigía ahora a Laura– y el mío andaban al lado de don Rogelio. Mir caminaba, junto a Ruiz, bastante adelantados del grupo. Llevaban con ellos una mula cargada con las pocas cosas que decidieron llevar. Los fui siguiendo hasta el estrecho. Los estuve mirando por un rato hasta que se perdieron poco antes de la Venta. Cuando regresé a casa, mi madre me abrazó y se puso a llorar. Luego, más adelante, lloramos todos menos el chiquitín que no hacía otra cosa que reír. El, creo, nos salvó a todos.»

Por fin dejaron las calles del pueblo abandonado y llegaron a la carretera.

–¿Venís a casa a comer cangrejos? –preguntó Emilio.

Laura y Pablo se excusaron y el coche se detuvo frente al portal de la casa de ella. Bajaron los dos. ¿Le llevo a la fonda? –preguntó Emilio; pero Pablo le indicó que prefería hacerlo a pie–. El se marchó. Unos instantes después, Laura, sentada en la mesa frente a su madre, dijo:

–Mamá, creo que estoy enamorada.

La madre le tomó la mano entre las suyas y sonrió entre amarga y dulce. Luego le murmuró muy suavemente: «Me alegro por ti, hija, me alegro mucho.» La penumbra de la habitación, en ese instante, resultaba agradable y Laura se sentía feliz. Feliz como hacía años que no lo estuviera.

(Y luego él te recuerda –cuando ya los parientes lejanos de mamá se han marchado entre besos opacos y palabras menudas de despido– nuevamente los ojos de tu madre con un mirar hambriento y una mezcla de aire somnoliento que los hacían vivos y lejanos a un tiempo. Después, mamá le insiste que la cena está hecha y que puede quedarse. Tú le ruegas también, porque no quieres que las cosas se queden todavía lejanas y olvidadas. Deseas que se acaben los temas, que se agoten los aires del recuerdo, que entre la madre y tú se rompan las paredes y que él sea el hombre capaz de derrumbarlas. Luego te pones a colocar platos y vasos y un mantel que ella guarda para alguna ocasión, y que nunca, hasta hoy, había sucedido. Repartes en los puestos los pedazos de pan que sigues cortando con un viejo estilete que usaba el abuelo cuando las zarandajas entre los moderados y entre los liberales. El también lo recuerda y pregunta la historia del abuelo –un hombre tan cabal que sufrió mucho– y cuando la madre se la empieza, tú aprovechas la historia para, desde la cocina, ir trayendo los últimos detalles.

Mamá llora al final, los últimos momentos, el día que subimos al abuelo. Un día de cierzo arremetido igual que el que hoy sacude las afueras de casa y se escucha en los vanos del balcón que da sobre la calle. Un momento después, Arturo se emociona cuando la madre saca una gran fuente repleta de borrajas. El te murmura ahora los años que hace que no probaba aquello. Y las aceita fuerte, varias veces. Y las come en silencio, respetuosamente, como si al mismo tiempo estuviese comiéndose los años transcurridos. Repite nuevamente. Nuevamente mastica la verdura con una sobriedad casi frailuna y te recuerda años, cuando comía aquí, en los que también sacaban las borrajas. Años que se han perdido para siempre. Noticias que quedaron detenidas. Días con esperanzas que nunca se han cumplido y horas, y más horas, truncadas para siempre. Luego mamá le sirve una tortilla y le dice: «tenemos longaniza por si quieres probarla.» El te habla ahora del hígado que no le marcha bien, del régimen impuesto por los años que no pasan en balde y más, cuando han pasado entre aprietos y dudas, temores y pan negro. Pero al final reclama la conserva –¡no sé qué pasará!– y se sirve un escaso trocito de la longaniza mientras habla de niño, cuando se mataban los cerdos en frías mañanas de invierno, te repite los «chilos» del bicho degollado, la sangre derramada, la fogata encendida, los rostros satisfechos de los dos matachines, el revuelto de anís, las primeras morcillas, las bolas, los chorizos, los recuerdos unidos en todo aquel sabor que hacía años que había ya olvidado. Mamá también se anima y te asedian a anécdotas, a cuentos pueblerinos a historias divertidas. Al final de la cena un aire diferente emerge desde el café, y desde la manzanilla que ha preferido Arturo. Luego, un instante quietos cada uno, seguimos con los otros recuerdos. Arturo ve a tu madre, la mira con nostalgia porque sabe que la vejez de ella es su vejez. Y le analiza el rostro, las manos, los cabellos y al final le pregunta los años que ha cumplido y comenta: «¡cómo pasan los años! Pasan sin darte cuenta.» Y el silencio se adueña del ambiente dejando paso al cierzo que cruje en los tejados de las casas vecinas, y agrieta en los adentros el frío de la calle.

Hasta que llega un hombre con aire fatigoso: «qué escaleras más pinas son las vuestras», y Arturo y él se abrazan con una enorme fuerza. Nos lo presenta. Tú le ofreces café, el lo acepta y tu madre ahora le pregunta por la mujer y por las hijas. Son seres conocidos, también son de la misma tierra. Y hablan de sus cosas, de sus vidas, de sus empleos de ahora, de sus hijos e hijas, hasta que a flor de labios arrancan los recuerdos y empiezan a sacar los mismos temas, las historias de siempre con las mismas palabras. El entonces te habla, así, de sopetón, y sin pararse, de que llevaba horas tumbado en una manta, en una habitación abandonada, donde nada sabía de lo que iba a suceder con su palabra. Estaba allí sin saber nada. Estaba allí metido a golpes, a empujones brutales. Y allí esperaba todo –el ánimo se llega a habituar ya con la idea– lo peor que se puede esperar en una celda. Se escuchaban los gritos, las blasfemias. Se escuchaban nombres, nombres que para nada te servían. Se escuchaban silencios infinitos; silencios capaces de aterrar a la más sanguinolienta de las bestias. Y allí te estabas tú, esperando que alguien decidiera tu hora. Nadie te había dicho nada todavía. Te sacaron de casa en plena madrugada y aún oías gritar a la mujer en la escalera, en el balcón abierto, en mitad de la plaza. Pero nadie quería escucharla. Sólo había silencio después de sus palabras. Y yo seguía allí, con la cabeza gacha, encima de una manta que sobre el suelo alguien había abandonado. Un gran escalofrío en aquel verano caluroso me recorría el cuerpo una y otra vez. Quería ver la calle pero el ventanuco estaba martillado y no tenía fuerza para romper las maderas. Te dice que sentado era la única forma de poder esperar que lo liquidaran, porque de pie te tiemblan las espaldas y una angustia brutal te desgarra las piernas. Allí estaba yo, te dice, marcándose en el pecho, como para convencerse de que lo que va a contar lo cuenta él aún, y no otra persona. Allí estaba yo, cuando abrieron la puerta bruscamente y dos hombres entraron en la sala. Estuvieron de pie. Y luego se sentaron. Grité un nombre y él grito el mío. Nos abrazamos. Y la infinita noche nos fue desesperando. Me hablaron. Mir me contó la historia, los sucesos

y el muchacho que con él andaba no dijo nada en toda la noche. Mir le pedía palabras, confirmaciones a lo que contaba, pero el muchacho no decía nada. Me hablaron del incendio, de la muerte de Vega, de los aviones ametrallando el campo, de la idea errónea de traer hasta la ciudad a don Rogelio para que lo juzgaran. Me explicó la llegada, la detención, las risas y los llantos, las palabras. Pero el muchacho seguía sin decirnos nada. Y nada repitió cuando en la madrugada lo llamaron para que los acompañase. Le dio la mano a Mir. Me la dio a mí y salió fuera. Luego él te cuenta cómo pasó una mañana, una tarde, un día y otra madrugada. Te cuenta cómo Mir hablaba, por el muro, con Alcázar y Sanz que estaban allí, al lado. Cómo al día siguiente ya no se pudo hablar porque ni Sanz ni Alcázar seguían en la pieza contigua y cómo Mir, sabiendo lo que estaba pasando, te daba en una hoja unas palabras para que se las dieses a Rosa si salías de allí antes que él. Mir se marchó a la siguiente madrugada. Tú estuviste aún por varios días encerrado en la sala hasta que te bajaron al hondón de la huerta de la ciudad más vieja y te dieron trabajo para enterrar los cuerpos de los muertos. Allí, te dice suavemente y con tristeza, me los encontré a todos: a Ruiz, a Sanz, a Paz y Mir. Nunca supe dónde encontrar a Mur y Alcázar. Tampoco los busqué, te dice sobriamente para que entiendas bien que a los que se encontró, se los trajeron. El picaba la tierra y no miraba a nadie, ni preguntaba nunca. Ahora Bernués te cuenta que un tipo influyente llevó a Alcázar a casa aún agonizante y le dieron la tierra en el lugar donde habían muerto sus padres. Luego el paisano sigue contando peripecias, días enteros de combate, luchas en los inviernos, agostados veranos caminando por la orilla de un río casi seco, madrugadas de vuelta hasta la casa donde andaba toda la familia vestida con lutos rigurosos. Y más tarde, te dice, encontré en la carretera las palabras de Mir y se las llevé a Rosa. Rosa lloró en un grito. Y regresé a mi casa.

Después todos se quedan quietos y te miran. El reloj de la torre de la iglesia próxima golpea la una entre la noche y Bernués se levanta, y se levanta el hombre que terminó la

historia, y abrazan a tu madre, a ti y os abandonan dejándoos la noche para que repitáis los nombres, los gestos, las palabras. Os abandonan dejándoos el uno frente al otro con todas las historias sacadas a flor de piel y venas. Mamá te dice luego que recojas las cosas, que no olvides la luz, que ella se acuesta. Tú te quedas mirando las tazas de la mesa, los platos, las cucharas. Ves que sobre los hechos va pasando la historia y que atrás queda todo como un vago recuerdo: anécdotas que crecen, que se escapan, que se pierden detrás de tantos años. Vuelves de pronto a darte cuenta que todavía sigue sobre ti la vieja historia, los paisajes, las gentes y decides, aquella noche mismo, regresar un día hasta la tierra y encontrar las palabras en los que quedan vivos, los gestos en las puertas que nunca se han cerrado, las voces en las gentes que estuvieron al lado de los que las hablaron. Vas recogiendo todo, los platos y las tazas, los vasos y las cucharillas de alpaca que mamá aún conserva para días muy señalados. Apagas una luz, otra luz, la luz de la cocina, del baño, de la puerta de casa. Cuando apagas la luz de tu mesilla, oyes de nuevo el viento golpeando la tierra. Un viento casi humano azotando fantasmas, rostros, recuerdos muy lejanos. Un día, se te ocurre pensar ingenuamente, regresará el verano. Y cerrando los puños te abandonas al sueño y al olvido.)

La casita estaba situada en las afueras del pueblo ya en donde el cemento, que cubría las calles, se había terminado y regresaba el polvo, la suciedad, y un poco más allá el campo. La fachada estaba enjabelgada y pulcra. En todas las ventanas las persianas estaban echadas y ninguna señal de vida podía apreciarse desde el exterior.

Laura y Pablo habían decidido aquella visita después de

mucho tiempo de duda. Sabían lo difícil que iba a resultar, para una mujer sordomuda y casi paralizada por reumas, hambres y soledades, descubrirles, de alguna manera, la figura del hijo descerrajado a tiros por entre unas vaguadas poco tiempo después de abandonar el Comité. Sabían lo difícil que iba a resultar aquel encuentro con el recuerdo del muchacho que fue todo para ella. Pero, a pesar de ello Pablo tenía un enorme interés por no dejar un cabo desatado. «Quería –se lo había estado repitiendo a Laura– quitarse de raíz tantos recuerdos. Dejarlos en el pueblo cuando llegase el día de marchar. Quería liberarse de una infancia acosada a preguntas, a temores, y a silencios. Ahora estaba encontrándose de frente con toda la historia y se sentía libre de los miedos, de las noches girando entre las sábanas.» Laura accedió porque, en el fondo, lo necesitaba también como él. Eran muchos años viendo rostros, recuperando seres, personas, recuerdos. Ahora los dos estaban liberándose para siempre de todo aquello que los había ido persiguiendo desde que tuvieron uso de razón.

La muchacha dudó unos instantes ante la puerta, pero por fin se decidió a entrar. Se sabía el camino porque ya otras veces había venido hasta esta casa en busca de bordados que la mujer hacía y vendía a los propios vecinos. Sabía que para entrar no había que llamar a la puerta –la dueña ni oía ni decía nada– y que había que hacer uso de un pequeño tirador de cuerda que salía por la parte superior del dintel. Tiró de él, y entraron a una oscuridad casi absoluta, rota tan sólo por una claridad que emergía por debajo de una puerta situada frente a la entrada. Abrieron ésta, y se encontraron frente a una estrecha cocina en uno de cuyos rincones, bajo la ventana que daba a los interiores, una mujer arrugada y totalmente enlutada, hacía vainica lentamente. La cocina guardaba todavía un fogón de carbón y para nada había entrado allí la nueva era de los electrodomésticos. De un clavo, colgaba un soplillo de esparto y, al lado de la cocinilla, dos planchas metálicas, de las calentadas posándolas sobre el fuego, reposaban toda una nostalgia de tiempos escapados para siempre. Laura se aproximó a la mujer, situada de espaldas a la puerta, y dejándole una mano suavemente sobre el hombro, esperó a que girase la cabeza. La mujer lo hizo y una sonrisa tenue, casi olvidada, apareció en sus labios. La muchacha se agachó hasta besarla y luego Pablo, acercándose, le extendió la mano. La mujer le miró extrañada y Laura, vocalizando extremadamente, le fue repitiendo el nombre de él. La anciana volvió a sonreír y tomando las manos de los dos las unió. «Debe pensar que eres mi marido o mi novio.» Luego la mujer les señaló dos sillas y ambos se sentaron. Laura ahora, en un esfuerzo violento, comenzó a repetir: «M a n u e l.» La anciana entonces, apoyándose en el brazo de Laura, se incorporó y les hizo salir de la cocina. En la pequeña antesala los condujo delante de una puerta cerrada con llave. Pausadamente introdujo la llave en la cerradura y abrió. La habitación estaba totalmente a oscuras y, Laura y Pablo, permanecieron en el vano de la puerta, mientras ella, con un paso menudo, suave y roto, se aproximó a la ventana y alzó unos centímetros la persiana. Cuando la luz llegó, la habitación apareció con las paredes cubiertas de objetos: Cuadritos al óleo, dibujos a tinta, a lápiz, retratos, fotografías, diplomas y dos o tres espejos. La mujer se volvió a sentar en una sillita y Laura y Pablo comenzaron a recorrer las paredes. En las esquinas de los cuadritos –paisajes de postal, vistas de Suiza, calles de París, señoritas toreras y suertes de torear– aparecía, muy claramente, el nombre de Manuel Roca. Allí se conservaba todo lo que, posiblemente, este hombre había ido haciendo durante su vida. Varios diplomas escolares, enmarcados en unas maderas de pino corriente, recordaban las notas de la infancia de Roca. Eran cursis, con señoras de pecho al aire y banderas patrióticas en la mano, representando a la ciencia. Escritos a pluma –por una caligrafía de maestro rural– se hablaba del grado y de la calificación. Más allá una cantidad numerosa de dibujos a pluma representaban rincones del pueblo viejo: aparecía el arco de la entrada; la calle Mayor; la plaza de la fuente y varias portadas de las iglesias. También había varios apuntes del paisaje y del pozo donde habían estado bañándose los dos.

En otra pared, sobre una cómoda con carcoma abundante, había varias fotos. Unas estaban enmarcadas y otras parecían pegadas contra la pared. De las enmarcadas una traía a la memoria una boda rural con gentes envaradas ante la fotografía. Un hombre rudo, de gesto triste, aparecía abrazado a una mujer muy joven sonriente, y de escasa estatura. A aquella muchachita era muy difícil conectarla con la mujer que, ahora, sentada en una silla, contemplaba a los dos. Una foto en el centro, con un marco imitando al nogal, dejaba ver a un joven con la misma sonrisa tímida y la misma mirada que la novia en la foto de boda. El rostro resultaba limpio, claro. Y rodeándola había otras fotos en las que aparecía la misma persona: Fotos de comunión con un muchacho alegre vestido de pantalón largo y una lazada enorme en el brazo derecho. Fotos, de fotógrafo ambulante, con unas cabecitas asomando por encima de unos dibujos representando a unas señoras gordas. Fotos de grupo –«mira, éste era mi padre!» dijo Laura– en las que aparecían hombres del Comité y otras gentes celebrando una fiesta. Luego, sobre la cómoda, varios objetos –recuerdo de Tetuán, Córdoba y Madrid– reposaban.

Cuando la anciana comprendió que Laura y Pablo habían visto todas las fotos, dejó caer de nuevo la persiana y saliendo cerró otra vez la puerta con llave. Apoyándose en el brazo de Laura los dirigió hacia la escalera que nacía en una de las esquinas del rellano. A pasos menudos –al tiempo que un sobrealiento duro se dejaba oír desde su pecho– fueron subiendo hacia un altillo. La mujer buscó entre un manojo de llaves, y abrió la puerta. Al entrar señaló a Pablo la cabeza. El tejado estaba justo encima, y Pablo y Laura tuvieron que andar agachados. La habitación estaba iluminada por una claraboya. Una vieja cama ocupaba un rincón y junto a ella descansaba un enorme baúl. La mujer, tomando una silla, que Pablo se precipitó a llevarle, se sentó junto a aquél. Sacando nuevamente su manojo de llaves fue abriendo una cerradura, tras la otra, del baúl. Abrió la tapa y un intenso olor a naftalina ocupó la habitación. Luego, pausadamente, la mujer fue sacando ropas: Camisas nuevas y gas-

tadas. Zapatos acartonados. Un traje de pana casi nuevo. Una faja de paño. Pañuelos. Unas alpargatas gastadas y otras nuevas. Laura iba dejando las prendas encima o al lado de la cama. Luego la anciana levantó un gran paño y con gruñidos hondos y lágrimas en los ojos, sacó un pantalón de pana todavía embarrado y una camisa rota. Delante de su rostro extendió la camisa y unos boquetes largos, calcinados y rodeados de unas manchas negras, aparecieron. Luego la mujer estrujó la camisa contra su propio pecho y, llevándosela al rostro, se puso a llorar desconsoladamente. De su boca, un quejido profundo se escapaba y los dos jóvenes se encontraron, de pronto, estremecidos también por el ambiente. Laura se limpió los ojos de lágrimas y Pablo la apretó contra su hombro. Por unos instantes, tan sólo el quejumbroso sonido de la anciana se escuchó en el altillo. Laura volvió a meter las cosas como estaban y, cerrando el baúl, le devolvió las llaves a la mujer. Aupándola entre los dos, ahora casi caminaba arrastras. La sacaron afuera y la fueron bajando a la cocina. Durante un largo rato permanecieron con ella, sentados frente a ella. Poco a poco, el quejido se fue perdiendo y los ojos volvieron a recuperar su luz normal. Cuando se fueron a marchar, la anciana tomó las manos de los dos y se las besó a un tiempo. Hizo intención de levantarse para acompañarles a la puerta, pero Laura la obligó a permanecer sentada.

Unos instantes después, ya caminando por el pueblo, Laura sintió un temblor por el cuerpo y se cobijó contra Pablo.

–¿No hemos sido demasiado brutales? –le preguntó ella.

–Es posible. Aunque a veces el llanto libera más que los recuerdos. Todo un manual –concluyó Pablo– podría escribirse sobre esa camisa extendida ante el rostro compungido de la anciana. Todo un manual.

La tarde era de domingo y el pueblo parecía más animado que otras veces. Decidieron sentarse en el café y tomar alguna cosa para mojar los labios secos por un recuerdo amargo. Unos muchachos se aproximaron a una máquina de discos y, al poco, una tonta canción de consumo invadió la calle. Laura le habló entonces a él de una playa, una

playa en la que había estado el verano anterior, una playa repleta de gente, de sol, de bullicio, invadida por aquella música a todas las horas del día. Cogidos de la mano, fuertemente cogidos de las manos, se quedaron mirando la enorme mole de la iglesia que, en aquellos momentos, comenzaba a apagarse igual que la tarde.

«BERNICE.
ACTA DE LA REUNION DEL COMITE PROMOVIDA ANTE LOS SUCESOS QUE HAN PRODUCIDO LA MUERTE DEL COMPAÑERO VEGA.
PRESIDENTE: JULIAN ALCAZAR.
ACTUA DE SECRETARIO: PEDRO MIR.
COMO MODERADOR: EMILIO SANZ.

»Tomó la palabra el presidente y dice: que como todos sabéis parece que esta mañana a primera hora de la madrugada, en algún carretón –sobre esto sólo se conoce manifestaciones de algún vecino– han traído el cuerpo acribillado de nuestro compañero Vega. Lo han tirado delante de la puerta de su casa y allí ha estado, hasta que lo han descubierto los primeros labradores que salían a trabajar. Luego, ya sabéis lo que ha sucedido allí. Alguien ha culpado a don Rogelio y he tenido que intervenir. Posteriormente nos hemos dedicado a hacer investigaciones acerca de los sucesos y el resultado, a falta de muchos datos, es éste, más o menos: Parece ser que Vega salió ayer tarde camino del monte alto para dedicarse a cazar. Eso es al menos lo que dijo a Roca –este afirma con la cabeza– y durante la tarde algunos paisanos se lo cruzaron por algunas partidas. Esto es lo que han declarado «los mediometros» y los Rabinad, que andaban también por el monte alto segando. Otra declaración interesante es la que ha hecho Luis «el calvo» que ha dicho, que luego que dejó

el ganado en la paridera y se venía hacia el pueblo, ya entrada la noche, escuchó una partida de perros ladrando por la vega del «tuno». Le extrañó tanto aquellos ladridos que durante un rato paró al burro y se estuvo atento para localizarlos. Cuando comprobó que se hallaban lejos de la paridera, obligó al pollino a apretar el paso –declaró también que aquello no le gustaba nada porque era muy raro– y se vino aprisa al pueblo. Añade que lo comentó con su mujer y que a ésta también le extrañó. Esta mañana hemos ido Mir y yo hasta la vega del «tuno» y hemos comprobado un gran rastro dejado por entre los caizales de huerta. El rastro era de animales y de hombres. ¿Qué hacían allí todos ellos? Roca interviene furioso y dice: ¡Mierda, matar a Vega! Sanz le obliga a callarse. Alcázar confirma que efectivamente estaba allí para matar a Vega.

»–¿Y a qué esperamos? –interviene Roca.

»Sanz le vuelve a pedir que no hable cuando no le corresponda. Que si él ha sentido la muerte de Vega, también los demás. Pero que eso no da derecho a nadie a gritar, ni menos a obligar a los presentes a tomar decisiones forzadas.

»Alcázar añade que las cosas, efectivamente, han llegado a situaciones extremas y que por esta razón ha promovido la nueva reunión del Comité. Pide, como presidente, que no se levante la sesión hasta que no se haya tomado una decisión definitiva. Decisión que se hará efectiva ya que los contactos con la ciudad, han dejado de tenerse desde hace ya varios días. Pide, por favor, que las proposiciones sean claras, escuetas; que nadie se deje llevar por los sentimientos. Termina hablando de Vega como ejemplo de amante defensor de los principios democráticos, que ninguno de nosotros debemos olvidar aquí.

»Pide la palabra Eliseo Paz. Se le concede y dice:

»Quedamos muy agradecidos al Presidente por todas sus averiguaciones. Pero la realidad es solamente una: que Vega está muerto. Su muerte ha sido violenta –creo que usted mismo lo ha certificado –se dirige al Presidente– y que llevaba metidas más de cinco balas. Podríamos sacar conclusiones muy claras de estos disparos, para demostrar que no

había sido un accidente de caza, como alguien en el pueblo ha querido sugerir. Ni Vega, ni nadie, cazan con fusil de bala. Pero todo esto no nos serviría absolutamente para nada. Estaríamos divagando durante varias horas. Y no nos interesa divagar. Vayamos a lo concreto: Una serie de actuaciones se han venido sucediendo en estos últimos días. Esta ha sido la culminación. Todos sabemos de dónde parte esta actividad. Pido que sea cortada de cuajo, atacando a los que la promueven, o al menos las acepten. Todos podríamos dar varios nombres. Algunos de ellos ya no están aquí. Otros desaparecieron la última noche. Sólo nos queda una persona. Si seguimos discutiendo, también se irá. El, desde el primer día, ha estado enfrente de nosotros. Nada más.

»Toma la palabra Emilio Sanz y dice:

»Que dejando a un lado los sentimentalismos y la amistad, quiere ser objetivo ante los acontecimientos. Vuelvo a insistir en mis tres puntos que ya hace varios días expuse y que pueden recordarse con la relectura del acta. Para no perder tiempo recuerda estos tres apartados: Creación de una fuerza armada para defensa de los ciudadanos del pueblo. Fuerza armada, o somatén si les parece mejor, basada en elementos adictos al Comité.

»Segundo: Expropiación de las tierras abandonadas por los huidos y apropiación de la cosecha que todavía anda sin recoger.

»Tercero: Detención y juicio popular de los elementos adictos a los sublevados.

»Esto último añade, debe hacerse con celeridad, pues a este paso nos vamos a encontrar con que sólo quedamos los no adictos. Cada día se evaden los confusos elementos que nadie esperábamos que se declarasen tan rápidamente y al final sólo nos queda una persona.

»Toma la palabra el secretario y dice:

»Que no está de acuerdo con ninguna de las proposiciones de Sanz, porque se salen cumplidamente de las atribuciones del Comité. En ningún momento como tal podemos crear una fuerza popular. Esto me parece ridículo pues siete u ocho hombres no iban a conducir a ningún lado, en cuanto a la seguridad. Por otra parte esta proposición fue ya rechazada.

»Interviene Sanz para afirmar que efectivamente fue rechazada; pero entonces estábamos todos vivos y hoy hay ya uno muerto. Las circunstancias han venido a darme la razón.

»Mir ruega que si el moderador se dedica a hacer intervenciones no solicitadas, ¿con qué fuerza moral va a detener las intervenciones espontáneas de otros individuos? Y añade: que respecto a la segunda propuesta tampoco el Comité tiene poder para anexionarse unas tierras y menos las cosechas. Que esto se podría dar en un estado de guerra declarada, pero que la situación, en estos momentos, no es esa y que por lo tanto cree debe ser rechazada.

»En cuanto a la tercera propuesta él está de acuerdo en lo que respecta a la detención de los elementos –«elemento», aclara Roca– simpatizantes con los sublevados. Pero que tampoco ve las posibilidades de un juicio popular. Nadie de nosotros entendemos de leyes. Sería inútil intentar hacer este juicio, pues nos dejaríamos llevar por los impulsos personales. El propone, por el contrario, que la persona o personas sean detenidas y conducidas a la capital para que las autoridades provinciales hagan lo que realmente crean oportuno hacer. (Creo, concluye, que esto es lo más sensato. Lo contrario es convertirse en vengadores. No estoy dispuesto a este papel y si, por mayoría, se decidiese alguna de las otras propuestas, dimitiría de mi cargo. En ningún momento de mi vida he creído que con derramamiento de sangre se consiga nada, sino odio y rencor. El odio y el rencor seguiría, viviendo siempre en los herederos nuestros y la paz habría concluido para muchos años.) Termina. Alcázar toma la palabra para definirse totalmente de acuerdo con la propuesta de Mir. Añade que si no hay otra propuesta –Sanz y Roca alzan la mano– se pase a la votación.

»Sanz toma la palabra para recordar que su propuesta no ha sido valorada con los votos de los presentes y que, por lo tanto, hay dos propuestas: la de Mir y la suya.

»Roca toma la palabra y dice:

»Sé que lo que voy a proponer está dispuesto al fracaso.

Pero de todos modos lo quiero decir. Mi propuesta es que hemos hablado demasiado. Llevamos varios días hablando. Desde hace unos cuantos no tenemos noticias de lo que está sucediendo. Y hasta que no nos encontramos con la muerte de cara, no se nos ocurre tomar decisiones concretas. Propongo que, ya que ellos se han tomado la ley por su mano –y no sólo una vez, sino tres– lo hagamos ahora nosotros. No creo en juicios ni en mandangas burocráticas. Creo que hay que pasar a la acción y acepto las tesis de Sanz, pero sin tanto miedo al legalismo. ¿O es que ellos lo han tenido? No. Y como no lo han tenido, hagamos nosotros igual.

»Sanz toma la palabra y le recuerda a Roca que la legalidad es la única arma efectiva que en esos momentos tienen. A derramar sangre, nos ganarán ellos.

»Alcázar y Mir se niegan rotundamente a la proposición de Roca y reafirman el juicio de Sanz.

»Roca pide a Paz y Mur que expresen su opinión. Ambos se niegan, porque no ven nada claro, ni una ni otra proposición. Paz añade que me da la sensación que todo esto está promoviéndose para que adoptemos una clara decisión beligerante y exterminarnos a todos. Lo del poder popular le parece muy bien. Pero sabe que en este momento en el pueblo –y lo puedo decir porque soy cazador– no hay más allá de doce escopetas, de las cuales tres o cuatro pertenecen a gente vieja y, una o dos, a críos de pocos años. Piensa –y lo llevo meditando muchos días– que la única salida que tenemos, aunque tampoco sé si es una salida muy clara, es la propuesta por Mir.

»Pide la palabra Ruiz: dice:

»Me sucede algo parecido a lo que le está pasando a Paz, tampoco veo que la salida propuesta por Mir sea la más efectiva. Visceralmente estoy con la proposición de Roca, aunque también creo que a la larga no nos conduciría a nada. Pero hay algo por encima de mis propios sentimientos que me sujeta. Es mi devoción democrática. Desde muchacho he tenido un enorme amor por la libertad. Como es que todo –ciencia, literatura, música, vida en general– sólo se puede plasmar en un sistema democrático, tragándome pues mis sentimientos personales –mi amistad con Vega viene de

hace muchos años– creo que la proposición más factible, no digo si la más válida o la más efectiva, es la de Mir.

»Alcázar propone, si no hay nadie más que tenga algo que añadir, pasar directamente a la votación.

»Se propone como primera votación la propuesta de Mir.

»Se recuentan los votos: Cuatro afirmativos. Dos abstenciones. Uno negativo. Planteadas las cosas así, propone el Presidente que no hace falta seguir votando.

»Roca pide la palabra. Se le concede y dice:

»El voto negativo ha sido el mío. Como no estoy de acuerdo con la propuesta de Mir, ni tampoco creo en la efectividad de las soluciones democráticas en estos momentos, me retiro del Comité, para adoptar personalmente la solución que crea más válida. El presidente le recuerda que esto no lo puede hacer ahora. Roca responde que lo único que pueden hacer con él, si no aceptan su dimisión, es llevarlo junto con don Rogelio a la capital.

»Interviene Sanz para apaciguar los ánimos. Habla de que conoce muy bien a Roca y que sabe que, dentro de unos días, recapacitará su posición y volverá a unirse con todos. Pide que si la voluntad de Roca es abandonarnos, que nadie le fuerce a lo contrario. Todos acceden a esta petición y Roca abandona la sala de juntas del Casino.

»Pide la palabra Alcázar para concretar algunos puntos. Se decide la hora de partida. Se ruega que nadie ande perdiendo tiempo pues las cosas están exigiendo urgencia. Comunica que él mismo va a ser el que se va a encargar de la detención de don Rogelio, y pide, si alguien le quiere acompañar. Levanta la mano Ruiz.

»A propuesta del presidente y sin más cosas de qué tratar, se levanta la sesión.»

(Y el aire dulcísimo de otoño te hace contemplar con más tristeza el rostro moribundo de la madre. Lleva días tumbada en la gran cama, en la cama de antiguos familiares regalada el día de la boda, la cama en que el amor, la soledad, la angustia y el silencio fueron mezclándose, creciendo al unísono. Lleva días ausente y la casa, la casa enorme repleta de vírgenes, santísimos y otras imágenes, resulta solitaria y tediosa. Ella apenas molesta. Es un suave susurro con que te pide agua, o un pequeño lamento con que se queja del dolor más hondo. Te mira siempre con los ojos perdidos más allá de la estancia, metidos más allá del recuerdo y te ruega, cuando la tarde cae por entre viejos tejados y vecinas iglesias, que pidas al párroco que suba. Un muchacho menudo la confiesa –el párroco estaba hoy de viaje– y el médico apenas dice nada. Ella reza tan sólo. Reza a sus mártires, a sus santos patronos, a sus vírgenes, y oculta suavemente el rostro tras la almohada para que tú no veas lo que ella está sufriendo. Pero tú te das cuenta, entiendes su silencio y atraviesas la casa, una vez y otra vez, como queriendo huir, sabiendo de antemano que no tienes salida. Y esperas. Miras por las ventanas el aire de la noche y de la mañana. Oteas el paisaje de casitas menudas y contemplas la veleta lejana de la torre gótico-mudéjar, para saber hacia dónde se encamina el aire. Lees los periódicos, las guerras, los sucesos, y a través de la noche, la escuchas. Te das cuenta que lleva varias noches que no duerme, que da vueltas, que llama, que reclama, y vas a estar con ella y repite el nombre de tu padre hasta que llega el alba. Van pasando los días, y las niñas de la escuela vecina ya cantan las canciones del pobre Conde Olinos, o la de la cojita pequeñita me quedé y, sentado a su lado, quieres hacer que el tiempo se detenga. Pero se van las niñas a su casa y la noche, otra vez, se desgarra por entre los balcones florecidos de macetas que ella, hace unos días, aún cuidaba. Y otra vez amanece. Y otra vez a su lado le acari-

cias el rostro. Y la dejas tranquila porque los muertos, dicen, se marchan cuando el alba. Luego otra vez recorres los pasillos, los armarios, las cajas. Vas descubriendo trozos de una historia que ya casi tenías olvidada. Te encuentras a ti mismo en posturas ridículas de niño. Te ves de marinero, de primera comunión de niño serio acompañado de seres que se han ido marchando y descubres entonces la ausencia de tu padre en todos los recuerdos. Buscas por las mesillas, por los cuartos traseros, por los armarios viejos, y otra vez te encuentras con vestidos oscuros, trajes de hace años, retratos de solteros, de casados, del abuelo a caballo y de tu padre, serio, teniéndote en los brazos. Por los armarios surgen periódicos lejanos, cartas de amor, de olvido. Facturas y sepelios. Misas, escritos sin sentido. Te encuentras ante un mundo que se te ha ido ya, porque ella nunca te quiso descubrirlo. Lo guardó como algo profundo, como algo lejano triste y viejo. Lo escondió por todas partes para que tú encontrases un mundo renovado, y ahora, cuando ella está callada, tú lo vas encontrando. Pero lo hallas lejos y, a veces, lo descubres tan mudo que te da miedo y dejas que las cosas reposen ya para el olvido. Las mañanas se alargan, se hacen interminables las tardes y a ratos, te entretienes viendo cómo las niñas de la escuela de enfrente, cosen o bordan, o cantan la tabla del tres por la ventana. Pero una tarde ella te llama, te pide que te acerques, y a media voz, a intermitentes lapsus, te va contando a trozos «la tarde que Bernués regresó a casa para decirle al padre que se iba, que se marchaba, que también nos fuésemos, que las cosas andaban muy mal, y que se iba. Tú dormías, te dice, y tu padre negó con la cabeza a Arturo. Hay que quedarse alguien. Alguien tiene que estar para contar la historia de lo que pasa, de lo que está pasando. No podrás decir nada, te repite que dijo Arturo, como tampoco pudieron relatarlo los hombres de tu pueblo. Tu padre se sentó en el sillón de mimbre que todavía queda y mirándome dijo que haríamos lo que yo quisiera. Me quedé muda. Me quedé quieta. No supe qué decir y diez días después seguía sin saber qué hablar. No supe nunca qué palabras usar y por ello tu padre se quedó en el camino cuando una amanecida vinieron a por él. Tranquilamente me acarició la

boca con sus labios y me dijo hasta luego, hasta hoy, o mañana mejor. Porque ya nunca regresó, ni supe nunca dónde lo dejaron. Compré una tumba a la que te llevaba, pero no había nadie allí metido. Sólo estaba el aire. Pusimos tantas flores al aire que a veces estuve a punto de contarte. Pero me callé siempre». Y luego se recuesta hacia un lado y se te queda muerta. Muerta para ocupar el nicho vacío que había comprado hacía años. Y la entierras. Cuando vuelves a casa. Cuando abres las puertas, las ventanas y el aire de la calle –mediodía feliz del mes de octubre– te encuentras tan vacío, tan solitario y roto, que abandonas la casa, vendes viejas mantillas, escapularios, abanicos pintados, trajes, armarios. Te quieres liberar de todo lo pasado y arremetes a ciegas contra los talabartes que te han acompañado. Quieres salir a flote y te deshaces del mueble de cocina, de la mesa camilla, de los dos silloncitos de mimbre, de las santas y patronas, de los retratos tristes, y hasta regalas al portero un frasco de colonia que ella usaba. Cuando ya ves vacía la casa, cuando te encuentras que todo se ha acabado, te escapas. Huyes lejos del barrio, te buscas acomodo en lugares modernos, lujosas avenidas repletas de automóviles, muchachas adorables, escaparates atrayentes. Y hasta piensas que al fin te has liberado. Pero regresas siempre al rincón familiar. Lo miras desde fuera. Saludas al párroco de la iglesia barroca, subes las escaleras y ante la puerta grande te detienes. No llamas. Temes que ella te salga a abrir de nuevo y te salude, te bese, te acaricie y tú te vuelvas loco de repente. Luego sientes la historia que avanza solitaria, cercándote en las noches más hondas. Regresas de continuo buscándote en la plaza, en los árboles quietos de la plaza, en el ciego que vende los cupones en la esquina donde tú lo mirabas. Y te ronda la historia cercándote hasta casi asfixiarte y una mañana decides acabar ya con ella, enfrentarte al paisaje, a la tierra, hundir en las entrañas, para siempre, las horas infinitas que has pasado escuchando, una vez y otra vez, la misma cantinela. Cuando tomas el coche, cuando una muchacha se te sienta a tu lado, cuando por fin descubres la tierra, las gentes, las palabras que fueron pronunciadas, te va creciendo dentro una infinita paz que nunca sosegaste. El verano por fin termina ahora y un otoño lánguido y suave, te traerá nuevos aires para poder seguir hacia adelante.)

Unos enormes nubarrones negros habían invadido el cielo después de comer. Desde primeras horas de la mañana, el ambiente estaba cargado y el sol picaba más que de costumbre. Ahora, el encargado del pequeño casino, había encendido las luces para que los jugadores de mus, rabino o guiñote, pudiesen seguir la partida. Pablo y Laura habían decidido tomar el café allí, para estar más próximos al autobús de línea que tenía la parada delante mismo de la puerta.

–¿Te has cogido todo? –preguntó la muchacha.

Pablo afirmó señalando el maletín y la cartera.

El regresaba a la ciudad aquella misma tarde. Ella iría dentro de pocos días a encontrarse con él. Lo habían decidido así. Y así lo iban a hacer.

Cuando el café se fue llenando de contertulios, Laura pidió a Pablo que le acompañase. «Te voy a enseñar una cosa muy curiosa», le dijo. Atravesaron una sala medio a oscuras en donde un televisor, funcionando, retransmitía el parte de noticias a ningún espectador y, empujando una puerta de cristal, pasaron a una salita pequeña. «Sirve –le explicó Laura– de sala de juntas y biblioteca. Esta mesa es la misma mesa del antiguo casino. Y este armario, el mismo que ellos utilizaban de biblioteca.»

Unos libros caídos y en desorden, ocupaban ahora el interior. A primera vista los títulos eran de los más variado: Novelas de aventuras, de vaqueros, libros de poemas de poetas desconocidos. Laura fue sacando algunos y se los dio a Pablo.

–Mira y lee el nombre del propietario.

Sobre la mesa se fueron apilando la Historia de los pue-

blos de Oriente, de Masperé, La Busca y El Mayorazgo de Labraz de Baroja; La Cofradía del Avellano, de Ganivet; Gerifaltes de Antaño, de Valle Inclán; Gog de Papini; Los Ideales de la Edad Media, de Vedel, y algo realmente insólito: El Partido Socialista Obrero, de Juan José Morato, en edifición de la Biblioteca Nueva.

Pablo miró asombrado a Laura. Esta le pidió que mirase la firma del interior. En todos aparecía el nombre de Julián Ruiz.

–Fueron de su biblioteca –explicó ella–. Alguien los cogió y los metió aquí sin saber lo que metía. Naturalmente luego nadie los ha leído, y ahí están. A veces me han dado ganas de ir llevándomelos, uno a uno, a casa; pero he preferido dejarlos aquí con la esperanza de que algún día sirvan a alguien.

Cuidadosamente fueron volviéndolos a los estantes.

–¿Quién era realmente? –preguntó Pablo.

–Nunca lo he podido saber. No tenía familia en el pueblo y venía tan sólo para las vacaciones. Se las pasaba en casa de Mir; pero ni doña Rosa tiene una idea muy clara de cómo era.

–Se nos ha escapado –dijo Pablo encogiéndose de hombros–. Creo que era su intención.

–Es posible –respondió ella.

Salieron nuevamente al café. En unos instantes se había llenado totalmente. Tomaron la maleta y la cartera y bajaron al patio para esperar el coche de línea.

–¿Y Mur? –preguntó de nuevo Pablo.

–Nadie de los suyos ha quedado aquí. Su casa fue totalmente destruida por la artillería. A veces he pensado si realmente existieron o fue una fantasía de los mismos hombres del Comité.

El patio y la acera contigua se fueron llenando de gentes campesinas. Cestas, sacos, maletas, fueron amontonándose alrededor de los dos jóvenes. Mujeres y niños rodeaban a los hombres. «Van a la vendimia a Francia» –comentó Laura. Y poco después un enorme guirigay se organizaba, entre bromas y llantos, alrededor del autobús. Pablo tomó las manos de Laura y suavemente le dijo: «Te espero pronto.

Guardaré las notas hasta que tu vengas. Ellas nos han unido y debemos recuperarlas juntos.» Laura le miró a los ojos e hizo una suave mueca con los labios. Luego Pablo le fue diciendo adiós desde la ventanilla, hasta que la perdió de vista. Al subir las primeras cuestas –el pueblo quedaba a lo hondo entenebrecido por las nubes oscuras– unos enormes goterones resonaron en la baca, y obligaron al chófer a poner el limpiaparabrisas en marcha.

–Sólo faltaba ya –comentó un viajero– una pedregada. Para acabarlo de arreglar. Y el autobús, monótono y lento, se fue perdiendo entre la tormenta cada vez más fiera, más enorme, más capaz de acabar con los recuerdos.

Pablo busca el origen de sus inquietudes de adulto, de sus noches insomnes. Quiere saber por qué en la tumba de su padre, vacía, se pusieron "tantas flores al aire". Y pregunta a un viejo amigo de la familia. "Tu le pides entonces, le ruegas que te abra las historias, si es que las sabe, que sobre tu cabeza –ricitos rubios lo mismo que la abuela– fueron cayéndose mientras en el orinalito de loza contemplabas los rostros de todos los parientes que, huyendo de la guerra, acudían a casa, en busca de amparo". Y éste "suavemente, sin querer asustar, como no participando en el relato, inicia los sucesos".

Y J.A. Labordeta nos cuenta, con un lenguaje poético y coloquial, cómo Pablo regresa al pueblo en que vivieron sus padres en busca de la verdad, de esos acontecimientos pasados hoy hace cincuenta años, y cómo ese conocimiento lo libera de "una infancia acosada a preguntas, a temores, y a silencios" y de cómo se sintió "libre de los miedos, de las noches girando entre las sábanas". "Cuando por fin descubres la tierra, las gentes, las palabras que fueron pronunciadas, te va creciendo dentro una infinita paz que nunca sosegaste. El verano por fin termina ahora y un otoño lánguido y suave, te traerá nuevos aires para poder seguir adelante".

Guillermina Krause